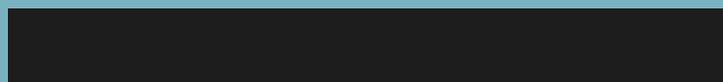
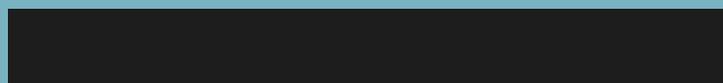


La narrativa rota del ascenso social

Un estudio sobre las expectativas de los jóvenes de barrios populares



Daniel Hernández
Instituto Universitario CIAS

Rodrigo Zarazaga
Instituto Universitario CIAS

La narrativa rota del ascenso social

Un estudio sobre las expectativas de los jóvenes de barrios populares

Daniel Hernández

Instituto Universitario CIAS

Rodrigo Zarazaga

Instituto Universitario CIAS

- Generar riqueza
- Promover el bienestar
- Transformar el Estado

CIAS



Sobre CIAS

El Centro de Investigación y Acción Social (CIAS), fundado en 1956, es una institución de los jesuitas en Argentina dedicada a la investigación social y a la formación de líderes políticos.

Sobre Fundar

Fundar es un centro de estudios y diseño de políticas públicas que promueve una agenda de desarrollo sustentable e inclusivo para la Argentina. Para enriquecer el debate público es necesario tener un debate interno: por ello lo promovemos en el proceso de elaboración de cualquiera de nuestros documentos. Confiamos en que cada trabajo que publicamos expresa algo de lo que deseamos proyectar y construir para nuestro país. Fundar no es un logo: es una firma.

Cita sugerida

Hernández, D. y Zarazaga, R. (2024). [La narrativa rota del ascenso social. Un estudio sobre las expectativas de los jóvenes de barrios populares](#). CIAS - Fundar.

Esta obra se encuentra sujeta a una licencia [Creative Commons 4.0 Atribución-NoComercial-Sin-Derivadas Licencia Pública Internacional \(CC-BY-NC-ND 4.0\)](#). Queremos que nuestros trabajos lleguen a la mayor cantidad de personas en cualquier medio o formato, por eso celebramos su uso y difusión sin fines comerciales.

Agradecimientos

El Instituto Universitario CIAS agradece la amabilidad, colaboración y predisposición de las y los referentes de diversos espacios comunitarios en los barrios Kilómetro 13, San Ambrosio, Mitre, Villa 15 y Ejército de Los Andes y de las y los trabajadores del municipio de Tres de Febrero que volvieron más sencillo y ameno un arduo trabajo de campo.

Índice

La narrativa rota del
ascenso social

Un estudio sobre las
expectativas de los
jóvenes de barrios
populares

5	Introducción
7	La experiencia familiar
11	La experiencia escolar
15	Vínculos sociales y ámbitos de pertenencia
19	Las narrativas disponibles en barrios populares
20	Narrativa tradicional
21	Narrativa minimalista
23	Narrativa del presente
27	Reflexiones finales
28	Bibliografía

Introducción

Un impulso igualitario recorría como “música de fondo” el perfil sociológico de la Argentina, según Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre (Torre y Pastoriza, 2002; Torre, 2024; [Torre, 2025](#)). El convencimiento de que había un lugar para cada uno de los argentinos, y el derecho a acceder a él, se desarrolló, de acuerdo con estos investigadores, a partir de la intensa movilidad ascendente de principios del siglo pasado y de la irrupción de las masas en la vida social con el primer peronismo (Germani, 1965; [1970](#)). Este impulso igualitario cobró vida en prácticas sociales como el uso del guardapolvo blanco o el hecho de que los obreros pudieran hacer de Mar del Plata también su balneario. Es un impulso que seguiría animando a la sociedad argentina y se traduciría en una conciencia sobre sus derechos. La narrativa de la movilidad social, por la cual los padres creen que sus hijos alcanzarán, gracias al estudio y el trabajo, niveles socioeconómicos superiores a los propios, ha organizado la vida social y política de la Argentina. Las aspiraciones, aparentemente sin techo, se correspondían con una sociedad que se mostraba capaz de satisfacerlas. A este relato, que popularmente se expresa en la aspiración de “mi hijo, el doctor”, lo llamamos “narrativa tradicional”. El propósito de este estudio es preguntarse hasta qué punto esa narrativa sigue vigente, hasta qué punto los jóvenes de barrios populares perciben hoy esa “música de fondo”. Nuestra hipótesis es que las cadenas de transmisión de esa narrativa se han roto en la sociedad argentina, al menos para un amplio sector.

Con este propósito, analizamos las narrativas mediante las cuales los jóvenes de barrios populares del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) expresan sus aspiraciones futuras a partir de sus experiencias personales¹. Definimos “narrativa” como el relato que los jóvenes construyen para dar sentido a sus experiencias previas y proyectar lo que esperan o consideran posible para su futuro. Estas narrativas son más que una ficción, ya que influyen en sus decisiones concretas y moldean sus posibilidades. En definitiva, se trata de cómo planean integrarse a la sociedad.

La aspiración a encontrar un lugar en la sociedad es expresada por los jóvenes como el anhelo de “ser alguien”². Sus madres no dejan de repetir el deseo de que sus hijos “sean alguien”. Ese “ser alguien” implica una trayectoria que enlaza lo recibido con un proyecto a futuro. En la narrativa tradicional, esta trayectoria consiste en terminar los estudios, conseguir un empleo y, finalmente, mantenerse por sí mismo y formar un hogar. El presente trabajo muestra que, a raíz de sus experiencias de socialización, en las que el hogar y la escuela ocupan un lugar preponderante, esa narrativa de movilidad social mantiene su vigencia sólo para una minoría de los jóvenes de los barrios populares, e incluso entre ellos persiste una gran incertidumbre sobre sus posibilidades de concretarla.

En el 2023, el [Monitor de Barrios Populares CIAS-Fundar](#) realizó una encuesta de 1900 casos y 11 grupos focales con madres y jóvenes de cinco barrios (Hernández y Anauati, 2024). En ese relevamiento, se observó que las madres se aferraban con fuerza a la narrativa tradicional, pero, al mismo tiempo, manifestaban angustia y escepticismo respecto de la posibilidad de que sus hijos alcanzaran cualquier tipo de logro. Estas evidencias condujeron a centrar la mirada en los jóvenes mismos para indagar en el modo en que narran sus vidas e imaginan su futuro. Como el presente trabajo busca formular las diversas trayectorias de vida que expresan los jóvenes de barrios populares del AMBA, adoptamos una metodología mixta. Realizamos una encuesta de 600 casos y 47 entrevistas en profundidad a jóvenes entre 16 y 24 años en barrios populares del AMBA, con el objetivo de captar sus experiencias y las narrativas que elaboran sobre sus vidas. Lejos de ser un grupo marginal, el

¹ Según el [Registro Nacional de Barrios Populares \(RENABAP\) \(2023\)](#), los barrios populares se definen como villas, asentamientos y urbanizaciones informales, originados por estrategias de ocupación del suelo, con grados variables de precariedad, hacinamiento y tenencia irregular del suelo.

² La expresión “ser alguien” aparece repetidamente en las entrevistas, asociada a la expectativa de autonomía, progreso y reconocimiento. Lucila (18 años), por ejemplo: “Mi mamá nos decía que teníamos que estudiar para salir del barrio, formarnos, independizarnos, ser como... no ser mejor que nadie, pero ser alguien” (Entrevista N° 38, EDLA, 22/8/2024); Lara (20 años): “yo tengo un sueño que es, no sé, ser una profesora, alguien en la vida, ¿entendés?” (Entrevista N° 5, Kilómetro 13, 26/6/2024). Bruno (19 años): “Mi mamá quería que yo termine el secundario para poder ser alguien en la vida” (Entrevista N° 25, Villa 15, 20/8/2024).

universo de estudio abarca un amplio grupo social; el 34% de los jóvenes del país viven en el AMBA y se estima que el 40% de los jóvenes del Conurbano Bonaerense vive en barrios populares o zonas vulnerables ([Bonfiglio et al., 2016](#)). La metodología cualitativa cobra un lugar central en este informe, ya que permite recopilar las experiencias pasadas y comprender cómo forman parte de las narrativas de estos jóvenes. Dadas las dificultades para encuestar y entrevistar en barrios populares ([Murillo et al., 2021](#)), se seleccionaron puntos nodales de cinco barrios populares ubicados en CABA y las zonas sur, oeste y norte del Conurbano Bonaerense³.

La evidencia reunida nos muestra un fuerte debilitamiento de la narrativa tradicional entre los jóvenes de barrios populares. Como expondremos más adelante, el 40% de ellos sigue relatando su vida a partir de ella, sin embargo, expresan serias dudas sobre sus posibilidades de realizarla; en el medio, el 20% reduce sus aspiraciones al mínimo; y otro 40% las abandona (“yo ya no tengo futuro”) y vive instalado en el presente. Entre el 40% de los que luchan por integrarse a la sociedad mediante sus esfuerzos en el estudio y el trabajo, encontramos jóvenes emprendedores que buscan desarrollar sus propios negocios, como describen Semán y Welschinger (2023). Sin embargo, en el caso de los jóvenes de barrios populares, se trata de emprendimientos de subsistencia que se inician por el convencimiento de que no se cuenta con la red, los recursos, ni el apoyo para integrarse a través del empleo. Son jóvenes que se aventuran por este camino porque sienten “que están solos” y “sólo cuentan con ellos mismos para salir adelante”. Son emprendedores más por último recurso que por convencimiento de las bondades y oportunidades que brinda el mercado.

La evidencia reunida nos muestra un fuerte debilitamiento de la narrativa tradicional de la movilidad social entre los jóvenes de barrios populares.

La erosión o el abandono de la narrativa tradicional encuentra su raíz en dos variables explicativas. Por un lado, la falta de oportunidades. Los jóvenes advierten que, a su alrededor, son pocos quienes han logrado las aspiraciones que tenían. Por otro lado, la falta de recursos para sostener la viabilidad de dicha narrativa. Las prácticas familiares, escolares y de sociabilidad, que deberían proporcionar los recursos para forjar sus aspiraciones, terminan limitándolas. Muchas familias están estalladas, muchas escuelas desbordadas, y muchos barrios populares están “ocupados por los transas” y cada vez más desconectados de la vida de la ciudad. Paradójicamente, la experiencia desmiente la narrativa tradicional precisamente en el AMBA, el epicentro histórico de la movilidad social.

Este estudio se divide en cuatro secciones. En las tres primeras se describen las distintas experiencias familiares, escolares y de socialización de los jóvenes entrevistados. En la cuarta sección presentamos las narrativas con las que manifiestan sus aspiraciones. Finalmente ofrecemos unas reflexiones generales.



³ El trabajo de campo fue realizado por el equipo de investigación del Instituto Universitario CIAS entre los meses de junio y septiembre del 2024 en cinco barrios populares del AMBA: Villa 15 en CABA, Ejército de Los Andes (EDLA) —conocido como “Fuerte Apache”— en Tres de Febrero, San Ambrosio y Mitre en San Miguel y Kilómetro 13 en Quilmes. Las entrevistas fueron realizadas a varones y mujeres de entre 16 y 24 años, residentes de aquellos barrios, teniendo en cuenta cuotas por género, edad y lugar de residencia. Los nombres de los entrevistados fueron modificados para resguardar su identidad. Como complemento al relevamiento del 2024, se utilizaron datos del relevamiento del 2023 en el cual se entrevistaron a diez responsables de comedores comunitarios y a cuatro dirigentes barriales, y se realizaron once grupos focales: cinco grupos compuestos por Principales Responsables de Cuidado y seis grupos integrados por adolescentes y jóvenes.

La experiencia familiar

Las entrevistas señalan que las familias siguen siendo el factor más determinante en las trayectorias de vida de los jóvenes y de sus posibilidades de proyectarse a futuro: constituyen el ámbito primordial del cuidado de niños y jóvenes y, por ende, el ámbito donde adquieren los recursos fundamentales para elaborar sus narrativas de futuro. Los jóvenes relatan sus experiencias familiares en función de cuán cuidados y acompañados se sintieron en su entorno familiar. Si tuvieron escasas experiencias de cuidado, es difícil que puedan sostener narrativas en las que se proyecten integrándose a la sociedad y obteniendo reconocimiento a través del estudio y el trabajo. En esta sección recogemos estas experiencias.

En consonancia con el trabajo realizado con las personas a cargo del cuidado de niños ([Hernández y Anauati, 2024](#)), los jóvenes describen que la responsabilidad principal de su cuidado recae, casi con exclusividad, sobre sus madres. En algunas ocasiones, también se menciona la participación de abuelas y hermanas en estas tareas. Un 30% de los jóvenes encuestados provienen de hogares monoparentales a cargo de la madre. En el 5% de los hogares no estaba presente ni el padre ni la madre. En el 43% de los hogares en donde viven los jóvenes que permanecen con su familia de origen, la madre no sólo es la principal responsable del cuidado, sino también el principal sostén económico del hogar ([Anauati y Elizondo, 2025](#)). Los padres, por lo general, tienen una presencia más ocasional: en las narraciones, las madres son descritas como figuras estables dentro del hogar, mientras que los hombres parecieran estar “de paso”.

Aunque la percepción de la experiencia familiar es subjetiva y difícil de categorizar y comparar, las marcadas variaciones en el grado de cuidado percibido nos permiten separar estas experiencias en dos grandes grupos: aquellos que describen haber recibido el cuidado de algún adulto y aquellos que señalan haber experimentado cuidados nulos o casi nulos. Lamentablemente, esta clasificación se ve facilitada por el hecho de que las experiencias de escaso cuidado se asocian con entornos familiares caracterizados por altos niveles de violencia y abandono. Los jóvenes que perciben haber recibido cuidado incluyen en sus relatos la presencia de al menos un adulto en el hogar que se hizo cargo de su crianza. En todas las narraciones en las que los jóvenes se sintieron cuidados, destaca la figura de una cuidadora con un rol protagónico —generalmente la madre—, quien se preocupa y dedica un gran esfuerzo a su proceso de crecimiento y maduración.

Además, en las familias de los jóvenes que se sintieron cuidados es más frecuente la presencia de una figura masculina adulta estable —padre o padrastro— en comparación con las familias de aquellos jóvenes que relatan no haber recibido cuidado alguno. Las familias en las que dos adultos asumen el rol de cuidadores no sólo tienen mayores posibilidades de generar ingresos para el hogar: también pueden dedicar más tiempo a sus hijos. Estos jóvenes que recibieron mayor atención son, en promedio, quienes más sostienen la narrativa tradicional de ascenso social.

Los jóvenes que narran experiencias familiares positivas destacan la figura de sus madres, y en ocasiones, la de sus padres o abuelas, como actores heroicos en sus vidas. Este reconocimiento se expresa en frases como: “mi héroe es mi mamá”⁴, “mi mamá es una guerrera, se banca todo sola”⁵ o “mi modelo en la vida es mi mamá”⁶. Son conscientes de que sus madres y, en algunas ocasiones sus padres o abuelas, han llevado a cabo esfuerzos extraordinarios en pos de generar ingresos para el hogar sin dejar de dedicarles tiempo y atención. En el contexto de las severas deficiencias de los servicios públicos en los barrios populares del AMBA y la persistente escasez de activos e ingresos de estas familias, los progenitores —principalmente las madres— emprenden esfuerzos ciclópeos para garantizar que sus hijos puedan sostener la narrativa tradicional. La admiración por estos esfuerzos

4 Entrevista N° 34, Villa 15, 20/8/2024.

5 Entrevista N° 11, San Ambrosio, 3/7/2024.

6 Entrevista N° 46, Villa 15, 20/8/2024.

de crianza adquiere una significación especial en un contexto que amenaza a su integridad y bienestar. En los relatos, sus familias aparecen "asediadas" por la situación social de sus barrios.

En el relato de los jóvenes, que coincide con las experiencias recogidas de las madres ([Hernández y Anauati, 2024](#)), la preocupación central de estas es proteger a sus hijos e hijas de los riesgos inherentes a la vida en estos barrios. El entorno barrial es percibido como una amenaza constante. Esta percepción se sustenta en la convicción generalizada de que la droga está omnipresente en el barrio. La apreciación de sus madres como "guerreras" o "superhéroes" no sólo denota gratitud, sino que además da cuenta de la capacidad de estas mujeres para navegar, con fortaleza y resiliencia, entre los múltiples desafíos que enfrentan en contextos de exclusión y violencia.

El entorno de desarrollo de estos jóvenes es tan desafiante que muchas familias optan por mantener a sus hijos —y en especial a sus hijas— en lo que parecen verdaderas "cápsulas hogareñas". Un caso representativo es el de una madre que construyó una habitación para su hijo adolescente, la pintó como él deseaba y la equipó con una computadora con pantalla grande para que pudiera jugar en línea y así "no saliera de la casa"⁷. Una madre de Fuerte Apache explicaba: "El barrio es peligroso, no sabés en qué momento puede haber un tiroteo... el colegio está a siete cuadras, pero no puedo dejarla ir sola a mi hija de 17 años"⁸. Otra madre del mismo barrio explica: "Mi hija es como si fuera una tontita, no conoce la calle, no sale nunca. Tengo miedo de que se enfrente a la calle ahora que termina la escuela porque ella vive en una cajita de cristal de la que no sale"⁹. También Luisa (16 años), del barrio San Ambrosio, dice: "la calle es peligrosa, yo vivo siempre en mi casa"¹⁰. Camila (21 años), de Villa 15, cuenta que de chica no la dejaban salir por la inseguridad y ahora viven encerradas con su madre y su hija "porque en su cuadra hay tres casas de *transas*"¹¹. Aunque los jóvenes criados en estas "cápsulas hogareñas" suelen expresar que se sintieron cuidados y que desean "salir adelante", sus experiencias distan de ser un modelo de integración. De hecho, muchos de ellos manifiestan haberse sentido tristes, e incluso deprimidos, por esta falta de vínculos.

El entorno de desarrollo de estos jóvenes es tan desafiante que muchas familias optan por mantener a sus hijos —y en especial a sus hijas— en lo que parecen verdaderas "cápsulas hogareñas".

Para garantizar a sus hijos las condiciones mínimas de desarrollo en estos entornos, las familias —fundamentalmente las madres— deben realizar esfuerzos titánicos, que resultan difíciles de sostener en el tiempo. De hecho, no todas logran sostenerlos y, aun cuando lo hacen, los escasos activos familiares (casas precarias, baños insalubres, etc.), las limitaciones del capital humano de los cuidadores, y la precariedad estructural de sus barrios, influyen de manera sustancial. Susana, por ejemplo, no terminó el secundario y tiene tres hijos. Su hija mayor "salió buena", según cuenta, y "no sale a la calle"¹². Sin embargo, su hijo de 15 años consume y delinque, y Susana siente que no puede detenerlo: "Con el de 15 ya no sé qué más hacer. Anduve por las comisarías para sacarlo. Lo tenés bajo llave y te tira la casa abajo porque quiere salir". El hijo menor, de apenas 11 años, sigue un camino similar al de su hermano. Susana parece desconcertada y no comprende qué falló en el proceso de cuidado: "Con él me pasa que no es que no estuve presente, yo estuve presente, pero *me salió torcido*"¹³. ¿Por qué si hice todo lo que pude *me salió torcido*?, es una pregunta habitual de las madres.

⁷ Grupo Focal Principal Responsable de Cuidado (PRC), Mitre, 6/10/2023.

⁸ Grupo Focal PRC, EDLA, 4/10/2024.

⁹ Grupo Focal PRC, EDLA, 4/10/2024.

¹⁰ Entrevista N° 8, San Ambrosio, 28/6/2024.

¹¹ Entrevista N° 26, Villa 15, 20/8/2024.

¹² Grupo Focal PRC, EDLA, 4/10/2024.

¹³ Grupo Focal PRC, EDLA, 4/10/2023.

Entre quienes relatan no haberse sentido sujetos de ningún cuidado, o casi ninguno, las experiencias familiares varían considerablemente. No obstante, comparten un denominador común: se trata de familias con pocos recursos para acompañar el proceso de crecimiento de sus hijos, lo que deriva en falta de contención y seguimiento. A la falta de activos familiares y de servicios públicos, estas familias suman la preocupación constante por la falta de ingresos para satisfacer las necesidades más básicas. La escasez de ingresos es especialmente notoria en las familias monoparentales, que representan el 80% del total de familias en las que los jóvenes no se sintieron cuidados. Muchas se ven superadas por esta dificultad y terminan abandonando la tarea del cuidado. El 76% de los jóvenes entrevistados mencionaron que tuvieron que salir a trabajar desde niños para ayudar en el hogar, porcentaje que coincide con el que arroja la encuesta (79%). Tal es el caso de Pablo (17 años), quien abandonó la escuela secundaria porque es el mayor de siete hermanos y viven solos con su madre. Ella le pide que falte a la escuela y salga a cartonear para poder comprar comida. La necesidad de ingresos empuja a estos niños al trabajo infantil, limitando las narrativas de futuro que puedan construir.

A la escasez de ingresos en estas familias se suma el insuficiente capital humano de los cuidadores. Las madres que se ven desbordadas por la tarea de cuidar a sus hijos, en estos barrios, suelen tener un bajo nivel educativo (la encuesta muestra que el 60% no completó la secundaria) y carecen de apoyo para atender a sus problemas de salud, en especial, los psicológicos. La depresión y otros cuadros complejos son frecuentes y poco tratados. Resulta difícil que padres y madres con problemas de salud y sin atención médica puedan asumir plenamente el cuidado de sus hijos.

Resulta difícil que madres que no han logrado alcanzar ellas mismas un grado de autonomía e integración social puedan acompañar en ese proceso a sus hijos; trágicamente, el ciclo de la “no integración” parece reproducirse a sí mismo.

El abandono de la tarea de cuidado adquiere distintos grados. En general, estos jóvenes describen sentir que “están librados a su suerte” y que sus padres “están en otra cosa”. Los casos van desde una joven que es cuidada por su abuela porque su madre “prefirió ocuparse de su pareja, en vez de nosotros”¹⁴, hasta una madre que no logra contener a sus hijos, quienes, siendo menores de 15 años, ya son “soldaditos”. Ella nos dice: “yo derrapé y no pude evitar que derraparan ellos también”¹⁵. En el extremo del abandono, una joven de Kilómetro 13 nos explica que su madre no la cuida “porque está presa por problemas de narcotráfico”¹⁶. Otra joven, que también se siente abandonada, comenta que cuando le pregunta a la madre de qué trabaja, ella le responde: “mejor que no sepas”¹⁷. Es difícil que madres que no han logrado alcanzar ellas mismas un grado de autonomía e integración social puedan acompañar en ese proceso a sus hijos. Trágicamente, el ciclo de la “no integración” parece reproducirse a sí mismo.

El consumo problemático y el delito, además, se reproducen intergeneracionalmente. Cinco jóvenes cuentan que sus familias se dedicaban a vender drogas, y siete tienen o tuvieron preso a alguno de sus padres. Lara (20 años) cuenta que su madre cayó presa por narcotráfico cuando ella tenía 16 años y que, desde entonces, ejerce la prostitución: “El trabajo en la calle me acercó a la droga. Es lo peor. Mi vida es un fracaso”¹⁸. Leandro (19 años), quien terminó en situación de calle a los trece años por violencia familiar, entiende el problema linealmente: “Cuando era chico vi cosas que no debiera haber visto... Mi familia era vende-droga y yo soy su descendiente. La vida de escuela no era para mí”¹⁹. Leandro dice estar tratando de desengancharse de ese ciclo familiar de consumo, narcotráfico y

14 Entrevista N° 15, EDLA, 15/8/2024.

15 Grupo Focal PRC, EDLA, 4/10/2023.

16 Entrevista N° 5, Kilómetro 13, 26/6/2024.

17 Entrevista N° 43, Kilómetro 13, 19/9/2024.

18 Entrevista N° 5, Kilómetro 13, 26/6/2024.

19 Entrevista N° 46, EDLA 15, 22/8/2024.

robo porque “lo que más le dolió” es que su madre “no me visitó cuando estaba preso”. Bruno (19 años) también reconoce una herencia que le pesa: “Es difícil salir cuando creciste en una familia así. Mi padre estuvo preso y lo mataron por eso de la droga. Yo empecé a juntarme en la esquina y a consumir”²⁰.

Los jóvenes que no han tenido experiencias de cuidado suelen relatar altos grados de violencia en sus familias. En la mayoría de los casos, son los padres o padrastros quienes aparecen como los principales responsables de esta violencia, la cual puede manifestarse de distintas formas. Delfina, una joven de 19, cuenta cómo su padre minó su autoestima al decirle desde niña “que no servía para nada”.²¹ Ella describe esa experiencia como un bloqueo personal que le impide “soñar su futuro”. En otros hogares, la violencia es física y puede llegar a límites extremos. Martín (23 años), quien se fue de su hogar a los 16 años debido a la violencia familiar, cuenta que su padre llegó a partirle una escoba en la cabeza y a hacerlo atravesar una ventana de vidrio. Mientras muestra las amplias cicatrices en sus brazos, reflexiona: “si mi papá no hubiera sido tan violento, yo sería otro”²².

La academia y el periodismo se suelen preguntar, recordando la crisis de 2001, si están dadas las condiciones para un estallido social: nuestras observaciones indican que muchas familias de barrios populares ya han estallado.

Un tercio de las jóvenes mujeres relatan haberse sentido desprotegidas por sus madres ante la violencia o el abuso de sus padrastros. En estos contextos, es común detectar depresiones, bulimia y anorexia no tratadas, e incluso a veces no diagnosticadas. Entre los casos más extremos de abandono, encontramos al 17% de los jóvenes entrevistados que vivieron su infancia en situación de calle. Enzo, del barrio San Ambrosio, cuenta que vive en la calle desde los 14 años porque su padrastro lo golpeaba, y ahora no quiere ser testigo de cómo maltrata a sus hermanos. Lara (20 años), de Kilómetro 13, también vive en la calle desde niña: su madre fue encarcelada por narcomenudeo y ella ejerce la prostitución para mantener a sus hermanos menores. Brian (18 años), de Fuerte Apache, fue echado de su casa a los 12 años tras una pelea en la que su hermano mayor lo apuñaló. Son fundamentos frágiles para la elaboración de narrativas de integración y reconocimiento social a través del estudio y el trabajo.

A menudo, la academia y el periodismo se preguntan, recordando la crisis de 2001, si están dadas las condiciones para un estallido social. Más allá de las posibles respuestas, nuestras observaciones indican que muchas familias de barrios populares ya han estallado. La mitad de las familias de los jóvenes entrevistados no cuentan con las herramientas necesarias para cumplir con los logros mínimos en los procesos de crianza. No han logrado sostener un hogar capaz de cuidar y contener a sus hijos e hijas. El desafío que esta realidad de “familias estalladas” plantea es inmenso, pero también irrenunciable. El abandono de niños a situación de calle es el peor resultado posible, y también, el más gravoso para la sociedad. Los jóvenes con escasa experiencia de cuidado familiar no hilvanan narrativas de desarrollo personal en las que el pasado se proyecte a futuro de una manera integrada. Sus narrativas se agotan en el presente o son, a lo sumo, de metas minimalistas.



²⁰ Entrevista N° 25, Villa 15, 20/8/2024.

²¹ Entrevista N° 10, San Ambrosio, 3/7/2024.

²² Entrevista N° 3, Kilómetro 13, 6/6/2024.

La experiencia escolar

La escuela es un ámbito público fundamental en la vida de las familias: es un ordenador de la vida cotidiana que tiene un impacto determinante en el futuro de los jóvenes. Los jóvenes entrevistados consideran que la escuela es cardinal para sus posibilidades de “ser alguien” en el futuro. Reconocen la importancia de una buena experiencia escolar para cualquier proyecto de movilidad social ascendente. Históricamente, la escuela pública ha sido en la Argentina la posibilitadora de la movilidad social ascendente y es la piedra angular de la narrativa tradicional. Juan Carlos Torre (2025) destaca la importancia de la escuela pública como igualadora de posibilidades, simbolizada en la experiencia común del uso del guardapolvo blanco. En esta sección mostramos la variedad de vivencias escolares de estos jóvenes, muchas de las cuales distan de proveer esa instancia igualadora. Al contrario, la escuela pareciera ser hoy una usina de mundos diferentes. Según los relatos de muchos de los jóvenes de barrios populares, la escuela no brinda los recursos para sostener una narrativa tradicional de movilidad social a través del estudio.

En nuestra encuesta a jóvenes, la mayoría de ellos —más del 90%— valora estudiar y no sólo aspira a completar sus estudios secundarios, sino también a continuar su formación académica: del total de encuestados, el 21% desea alcanzar estudios terciarios, mientras que un 40% tiene como meta obtener un título universitario. Estos datos alentadores chocan, sin embargo, contra una realidad más preocupante: el 57% de los jóvenes entre 19 y 24 años no terminó la secundaria. La necesidad de trabajar y la temprana paternidad o maternidad emergen en la encuesta como las principales razones de abandono escolar. El vínculo entre los jóvenes y la escuela es también precario. Pocos conciben asistir a la escuela como una actividad obligatoria que se desarrolla de lunes a viernes. Entre los jóvenes de 16 y 17 años, casi el 70% había faltado en las dos semanas previas a la encuesta por razones diferentes a los problemas de salud. Además, el 44% de los jóvenes de esta edad ha repetido al menos un grado. Más de la mitad de los jóvenes encuestados describe una experiencia negativa de la escuela: la ven como un lugar aburrido al que faltan porque no tienen ganas de asistir (34%), que está atravesado por casos de violencia (56%), o que está vacío ya que es frecuente la suspensión de clases (55%).

Las entrevistas permiten estudiar en mayor profundidad la tensión entre la valoración positiva de la escuela y las experiencias concretas, mayormente frustrantes. El consenso entre los jóvenes es unánime: la escuela es necesaria porque “hasta para trabajar de limpieza te piden el título”. Sin embargo, esta valoración positiva no morigera las opiniones negativas cuando se les pregunta por su propia experiencia de escolarización. Una cuestión es la valoración instrumental abstracta de la escuela, y otra muy distinta las experiencias concretas que los jóvenes tienen en la institución.

De hecho, llama la atención cómo describen su ámbito escolar separado, casi de manera maniquea, entre dos mundos posibles. Por un lado, describen las escuelas en las que se puede estudiar porque tienen un cierto orden y programa —en general colegios privados o escuelas públicas técnicas— y, por otro, las escuelas en las que resulta difícil aprender por la ausencia de docentes y las situaciones de violencia —en general las escuelas públicas correspondientes a sus barrios. El impulso igualitario que caracterizó a la Argentina, y que describe Juan Carlos Torre (2024), choca con estas diferencias abrumadoras entre escuelas. La experiencia igualadora del delantal blanco parece haberse esfumado. Los jóvenes separan, de manera tajante, “las escuelas a las que se va a estudiar” de “las que se va a *boludear*”. Gianluca (22 años), de Fuerte Apache, describe: “La técnica es la única *zafable*. Está la escuela pública, sino. Nunca fui ahí, pero es donde van todos los pibitos que no tienen futuro. Los que no tienen ganas de terminar el secundario... los que se la pasan en la calle. La técnica es la única que *zafa*. *Onda*, vas a estudiar, no vas a boludear. Pero mis amigos iban a la otra”²³. Ramiro (20 años),

23 Entrevista N° 37, EDLA, 22/8/2024.

de Kilómetro 13, coincide: “Cuando me cambié de la técnica era otro ambiente. En la técnica, hay personas que se toman mucho más en serio el colegio, y que les gusta aprender y esas cosas. Van con otra cabeza y capaz que no se pierden tanto como me perdí yo. En cambio, bueno, la escuela a la que me cambié está cerca de lugares de mucha violencia, hay mucha droga... todas esas cosas, ¿no?”²⁴. La mayoría de los jóvenes describen ambientes poco propicios para su proceso de aprendizaje.

El trabajo cualitativo revela la imagen de una “escuela desbordada”. De los 47 jóvenes entrevistados, únicamente un tercio narra experiencias escolares positivas o satisfactorias, mientras que los dos tercios restantes tienen experiencias negativas o muy negativas. De estos 47 jóvenes, 29 (63%) abandonaron, no la terminaron (adeudan materias) o no asisten regularmente. Las entrevistas confirman lo que indicaban las encuestas: muchos jóvenes abandonan la escuela por la necesidad de aportar ingresos a sus hogares o por tener que mantener la familia que formaron a temprana edad. Pablo (17 años), por ejemplo, explica que dejó porque tenía que cartonear para ayudar en su casa. Tres de las jóvenes entrevistadas mencionaron que abandonaron sus estudios tras quedar embarazadas porque les resultaba difícil asistir a la escuela con los niños. En las entrevistas también surgen relatos de jóvenes que dejaron la escuela por depresión, especialmente durante la pandemia, o por cuidar a un familiar, hermanos más chicos o padres enfermos. Adriana (24 años), por ejemplo, dejó para visitar a su padre en la cárcel: “Pasa que repetí una vez porque mi papá, bueno, estuvo preso... yo lo iba a ver todos los días, entonces perdí el año. Iba hasta Olmos. Me dieron muchas oportunidades de volver a empezar, pero como que ya fue”²⁵.

En el trabajo cualitativo, el consumo de drogas aparece también como causa de abandono escolar. Entre los 29 jóvenes que no terminaron secundaria, diez abandonaron por estar en situación de calle y tener problemas de adicciones crónicas. Por ejemplo, Sebastián (24 años), de Mitre, relata: “Yo fui a la escuela, pero dejé de chiquito. Estuve un tiempo, pero estaba colgado con la falopa. Nunca más aparecí. Nunca fui mucho a la escuela”²⁶. Alejandro (18 años), también del barrio Mitre, dice: “Fui hasta primer año de secundario. Ahí dejé. Me enganché así, saliendo con amigos, fumando, todas esas cosas. Ahí me descarrilé, dejé el colegio, todo”²⁷. Leandro (19 años), de Fuerte Apache, siente que la escuela no era para él: “Yo no nací para esa vida [la de la escuela], yo vengo de una familia, y no me da pena decirlo, que eran todos *vende droga*, delincuentes. Mi tío falleció hace poco por eso. A uno también se le cruza por la cabeza ‘yo soy su descendencia’, son cosas que te llevan a otra vida, no a esa de la escuela”²⁸. Seis de estos jóvenes utilizan expresiones semejantes a “me gustó más la joda que estudiar” para explicar, no sin un sentimiento de dolor y desánimo, su derrotero. Un dato que tiene una cara negativa y otra positiva a la vez es que los jóvenes que dejaron la escuela siempre piensan en regresar. Es negativo porque parecen vivir en un “eterno retorno al aula” que nunca se concreta, pero es positivo que en ellos persista una fuerte valoración de la educación y el deseo de acceder a ella.

Entre los jóvenes entrevistados que se declaran escolarizados, el vínculo con la escuela es, frecuentemente, demasiado precario como para sostener verdaderos procesos de aprendizaje. La asistencia regular y el cumplimiento de horarios y normas no es la regla. Faltar, como mostraban las encuestas, es frecuente, y pocos ven la asistencia a la escuela como una actividad obligatoria de lunes a viernes. Cuatro de los jóvenes entrevistados mencionan, por ejemplo, los días que no asisten porque no les gusta la materia o el docente. Uno de ellos comenta: “Los martes no voy porque hay dictado y paso vergüenza porque no escribo bien”²⁹. Los jóvenes también mencionan con bastante naturalidad que no asisten simplemente porque “no tenía ganas de ir”, “no me gusta levantarme temprano”, o “me quedé viendo videos en el celu”.

24 Entrevista N° 45, Kilómetro 13, 19/9/2024.

25 Entrevista N° 35, EDLA, 22/8/2024.

26 Entrevista N° 24, Mitre, 19/8/2024.

27 Entrevista N° 19, Mitre, 19/8/2024.

28 Entrevista N° 46, EDLA, 27/9/2024.

29 Entrevista N° 9, Kilómetro 13, 29/6/2024.

De hecho, en la forma de pensar de muchos de estos jóvenes, no parece haber una clara diferencia entre el abandono escolar y la asistencia regular a clases. Más bien, perciben la escolarización como un continuo con límites difusos. En ocasiones, se consideran a sí mismos escolarizados, aun cuando no hayan asistido a la escuela en un tiempo prolongado. Un ejemplo de esto es el caso de un joven de Kilómetro 13, quien en el mes de julio afirmaba no haber dejado la escuela, pero reconocía que “este año todavía no fui”³⁰. De manera similar, Valeria (24 años), también de Kilómetro 13, dice: “Nunca dejé el colegio, pero nunca terminé. Repetí todos los grados. No, no me gustaba mucho estudiar. Mi mamá me llevaba todos los días. Pero yo no hacía nada. No me interesaba”³¹. Enzo (21 años), de San Ambrosio, afirma que nunca dejó, “simplemente no volví después de la pandemia”³².

A los graves problemas personales y familiares que afectan la terminalidad y regularidad educativa se les suma la percepción generalizada entre los jóvenes de que la escuela es un lugar “vacío” y/o “violento”. Los jóvenes relatan que, con frecuencia, no tienen docentes en el aula o las clases se suspenden debido a paros, jornadas docentes o problemas estructurales en la escuela. Un tercio de los jóvenes entrevistados señaló como un problema la ausencia de docentes. Los profesores faltan con frecuencia, lo que provoca la cancelación de clases; además, algunos renuncian sin que puedan cubrirse las suplencias, lo que genera períodos prolongados sin actividades escolares, a veces de varios meses. A esto se suman los paros docentes, las jornadas educativas y los problemas de infraestructura, como la falta de agua o electricidad, que ocasionan interrupciones frecuentes. Los robos en las escuelas también conducen a cierres temporales.

Catalina (19 años), de Kilómetro 13, describe así su experiencia en la escuela secundaria: “Faltaban muchos profesores y siento que eso no me ayudó mucho. Para mí, es la falta de profesores. A veces no hay buenos docentes que se presenten, o no hay profesores para la materia y recién los asignan en el segundo cuatrimestre, cuando tenemos que aprender todo lo que no vimos en el primero. O a veces los profesores renuncian y pasa tiempo hasta que asume otro”³³. Delfina (19 años), de San Ambrosio, logró terminar la escuela, pero reconoce las dificultades en su proceso de aprendizaje: “En el último tiempo, a veces teníamos sólo dos horas de clases cuando deberíamos haber tenido cinco... O entrábamos más tarde o nos teníamos que retirar antes. A veces llamaban a nuestras casas para que nos fueran a retirar porque no venía un *profe*”³⁴. Las continuas interrupciones de las clases se ven agravadas por los problemas de infraestructura: Camila (21 años), de Villa 15, se queja de que “vienen los pibes y te dicen ‘hoy no fuimos porque no había agua’”³⁵.

La percepción de una escuela vacía debido a la ausencia de los docentes se ve agravada por la deserción de los propios compañeros. Analía (17 años), de Fuerte Apache, se lamenta: “A veces voy a la escuela y no encuentro a nadie. A veces los profesores no llegan a tiempo o no pudieron venir, y te quedas ahí sola. Ya me pasó unas cuantas veces que he ido y no estaba ninguno de mis compañeros y me tuve que quedar ahí sola”³⁶. Delfina (19 años) sintetiza su experiencia escolar en una sola oración: “Un lugar vacío. Los pibes faltan, los profes también”³⁷.

Más grave, pero tan generalizada entre los jóvenes como la imagen de “escuela vacía”, es la imagen de “escuela violenta”. Más de la mitad de los entrevistados fueron testigos directos de hechos de violencia grave entre compañeros o hacia los docentes. Se califican como “graves” porque las narraciones incluyen palizas, armas, heridas con armas blancas y alumnos golpeados hasta el punto de requerir hospitalización. La violencia y el consumo problemático, habitual en las calles, se cuelean en la escuela, que se ve claramente desbordada.

30 Entrevista N° 9, Kilómetro 13, 29/6/2024

31 Entrevista N° 4, Kilómetro 13, 6/6/2024.

32 Entrevista N° 13, San Ambrosio, 19/7/2024.

33 Entrevista N° 2, Kilómetro 13, 6/6/2024.

34 Entrevista N° 10, San Ambrosio, 3/7/2024.

35 Entrevista N° 26, Villa 15, 20/8/2024.

36 Grupo Focal Jóvenes, EDLA, 27/9/2023.

37 Entrevista N° 10, San Ambrosio, 3/7/2024.

Tanto los jóvenes como sus madres entienden que las escuelas no escapan a las realidades de los barrios en las que se ubican. Una madre de Kilómetro 13 nos decía sobre la escuela a la que asisten sus hijos: "Está sobrepasada, está atravesada por la violencia, ¿no? Por el mismo consumo, los pibes, yo siento que no tienen respeto por los profesores"³⁸. Ramiro (20 años), quien asistió a esa misma escuela, comenta: "Está cerca de lugares donde se corre peligro... hay mucha droga. Ahí pasaba de todo, había mucha pelea... Adentro, si estaban adentro. Afuera, si estaban afuera. Se daban con todo. Porque los pibes ya venían quemados"³⁹. Las peleas son una situación cotidiana para estos jóvenes, quienes relatan con naturalidad hechos como los siguientes: "unas chicas se empezaron a pelear y se lastimaron feo. Y después, a la semana otras chicas se pelearon y una terminó en el hospital"⁴⁰; "a veces a nosotras nos esperaban afuera de la salida para pegarnos... o cosas así viste"⁴¹; "el primer día que entré a la escuela me recibió un pibe jugando con una navaja mariposa"⁴²; "a veces mis compañeros decían 'voy a cagar a palos a una' y se agarraban feo"⁴³.

Algunos reconocen haber llevado a la escuela la violencia que vivieron desde niños en sus hogares. Enzo (21 años), de San Ambrosio, no sin dolor, recuerda ese recorrido: "En la primaria fue muy difícil. Desde primero, ya cuando entré en la escuela era muy rebelde, también en el jardín. Pero es porque cuando uno vive momentos de violencia desde muy chico es como que lo vuelve a hacer... entiende que los golpes son la forma de hacer entender a otra persona"⁴⁴. Joaquín (20 años), de Mitre, tampoco terminó la escuela por problemas de violencia: "A los 13 años me echaron de la escuela porque era violento. Me iba bien hasta que, una vez, tenía un amigo y me pasó que no me pude controlar y lo lastimé. Lo lastimé mal. Me tuvieron que echar... cuando iba a la escuela sí, me mataba a palos con todos. Era *re atrevido*... la *bardiaba* y siempre terminaba a las piñas con todos"⁴⁵. Mauro (17 años), de San Ambrosio, tampoco terminó la escuela, donde también vivió situaciones violentas: "Yo llegaba así... me drogaba. Yo estaba en segundo y los de tercero, cuarto, quinto, o algunos de mis compañeros que eran caretas venían y me decían, 'mirá este *faloperito*'. Hasta que un día me cansé y empecé a las piñas. Los *profes* me separaban, pero yo igual iba a pelear, *corte*, que no me importaba nada, hasta que un día me cagaron a palos... pero igual seguí con la joda"⁴⁶.

Los docentes tampoco se salvan de la violencia que irrumpe en la escuela desde las calles. Lara (20 años), de Kilómetro 13, por ejemplo, reconoce: "En la secundaria ya estaba loquita, loquita. Ahí le pegué a la preceptora y me echaron de la escuela. Me dijeron que no podía entrar más a ninguna escuela. No puedo terminar por eso. Y yo lo que quiero es terminar la escuela ahora, ¿entendés?"⁴⁷. Llama la atención que tanto las madres como los jóvenes relatan historias de *bullying* frecuente, pero que estas historias no se limitan a burlas sobre creencias, opciones, o aspecto físico del otro, sino que llegan a "lo cagaron a palos".

Ante estas situaciones, las familias parecen tener sólo dos respuestas posibles: cambiar de escuela o aconsejar a sus hijos que respondan a las agresiones. Intentar cambiarse a una escuela privada, técnica o de CABA, aparece como una solución, aunque difícil de concretar por la falta de preparación o vacantes, y las largas distancias. Muchos padres y madres optan por persuadir a sus hijos a que respondan a la violencia con más violencia, con la consigna: "si te pegan, pegá".

Romper el ciclo de reproducción de la pobreza y posibilitar narrativas de ascenso social a través del estudio requiere tanto de terminalidad educativa como una oferta educativa de calidad.

38 Entrevista a referente comunitario, Kilómetro 13, 4/9/2023.

39 Entrevista N° 45, Kilómetro 13, 19/9/2024.

40 Entrevista N° 16, Kilómetro 13, 17/8/2024.

41 Entrevista N° 28, Villa 15, 20/8/2024.

42 Entrevista N° 14, EDLA, 15/8/2024.

43 Entrevista N° 31, Villa 15, 20/8/2024.

44 Entrevista N° 13, San Ambrosio, 19/7/2024.

45 Entrevista N° 20, Mitre, 19/8/2024.

46 Entrevista N° 12, San Ambrosio, 12/7/2024.

47 Entrevista N° 5, Kilómetro 13, 26/6/2024.



Las dificultades expuestas en esta sección llevan a que más de dos tercios de los jóvenes entrevistados consideren que en la escuela aprenden o aprendieron menos de lo que deberían. Los testimonios de quienes manifiestan dificultades para leer o escribir subrayan estas deficiencias, al igual que los relatos sobre la falta de orden y el incumplimiento de los programas. Como veremos en la última sección de este trabajo, los jóvenes que acceden a estudios terciarios o universitarios encuentran, para su sorpresa, que no están preparados. Muchos abandonan al enfrentar el primer examen. En general, los relatos muestran que las experiencias escolares de los jóvenes de barrios populares no funcionan como base para sostener narrativas de movilidad social a través del estudio y el acceso a un empleo de calidad. Los problemas de drogas y violencia que se viven en las calles de estos barrios también penetran en la escuela, superando su capacidad para contener la situación. No son escuelas preparadas —y es imposible que lo sean— para tratar con alumnos en situación de calle o con problemas graves de adicciones y violencia. Fortalecer la escuela no sólo implica contar con docentes mejor preparados y remunerados, sino también no delegar en ella tareas de contención social para las que no está capacitada, y que claramente corresponden a otras instituciones. Los jóvenes de barrios populares del AMBA necesitan la posibilidad de desarrollar y potenciar sus capacidades en el ámbito escolar. Romper el ciclo de reproducción de la pobreza y posibilitar narrativas de ascenso social a través del estudio requiere tanto de terminalidad educativa como de una oferta educativa de calidad. Actualmente, ninguna de estas condiciones se cumple, y el Estado no responde frente a estas deficiencias.

Vínculos sociales y ámbitos de pertenencia

Los vínculos que desarrollan y los ámbitos que frecuentan también determinan las narrativas de futuro de los jóvenes. La segregación que sufren los barrios populares hace que los jóvenes tengan menos posibilidades de desarrollar vínculos y participar en espacios, especialmente por fuera del barrio, que promuevan su inserción social ([Mathias, 2022](#)). Los barrios populares son áreas de vulnerabilidad segregada, es decir, concentran población pobre en territorios apartados por bienes y servicios públicos deficientes, en especial por falta de caminos en buen estado y transporte público eficiente (Zarazaga, 2025). Estas condiciones llevan a sus habitantes a vivir aislados. Muchos trabajan dentro del mismo barrio, incluso en sus propios hogares, lo que limita aún más sus posibilidades de generar vínculos por fuera de su entorno. La estigmatización de su lugar de residencia por parte de empleadores y fuerzas de seguridad refuerza aún más este retraimiento (Wacquant *et al.*, 2014; [Cravino, 2016](#)). Así, para la mayoría de estos jóvenes, el barrio se convierte en su principal, sino único, escenario de socialización (Merklen, 2010), y este no brinda vínculos y espacios que favorezcan el desarrollo de una narrativa tradicional de ascenso social.

En esta sección distinguimos entre ámbitos “estructurados” de socialización, donde la interacción social es regulada por adultos responsables en el marco de una organización, y ámbitos “no estructurados”, donde las reglas de interacción son establecidas por los propios jóvenes. A su vez, distinguimos entre ámbitos estructurados “legales”, como organizaciones comunitarias, clubes deportivos, iglesias u organismos públicos, e “ilegales”, como grupos ligados al narcotráfico u otras actividades delictivas. Para los habitantes de barrios segregados, los ámbitos estructurados legales constituyen espacios fundamentales de socialización y contención. En particular, las instituciones que ofrecen la posibilidad de practicar deportes se presentan como alternativas al consumo problemático ([Jaitman y Scartascini, 2017](#)). Sin embargo, estos espacios son escasos y, en general, cuentan con recursos insuficientes para atender a la población que los necesita.

Las entrevistas nos permiten analizar en profundidad la trama de vínculos y ámbitos de participación de los jóvenes de barrios populares. Las organizaciones deportivas barriales y las pocas por fuera del barrio a las que algunos de ellos pueden acceder, son percibidas por los jóvenes como lugares de

contención donde pueden desarrollar relaciones que los protegen del consumo problemático. Esto se refleja tanto en quienes participan en estos ámbitos, como en quienes los han abandonado por el consumo. Así, Mariano (16 años) cree que el club lo salvó de compartir la realidad de sus amigos del barrio: "Mis amigos empezaron a probar droga y ya no son los mismos. Están todos flacos, mal. Yo por suerte nunca probé. Yo jugaba a la pelota y ellos estaban en otro camino"⁴⁸. Brian (18 años) reconoce: "La otra vez no tenía plata... fui y robé dos celulares. Me dolió. Cuando voy a hacer boxeo no pienso en nada de eso. Con mis compañeros estamos contentos ahí, hablamos, tomamos mate. Ahí sí tengo amigos. En la calle no hay amigos"⁴⁹. Significativamente, Brian dice que el club es el único lugar en su vida en el que le han dicho que "sirve para algo". Joaquín (20 años), de Mitre, en cambio, recuerda su paso por el club como una oportunidad perdida frente a su realidad actual de consumo: "Teníamos un entrenador, íbamos al club, jugábamos. Me gustaba mucho, pero la pelota no era para mí. Fue todo mierda, consumo"⁵⁰.

Las iglesias y los centros comunitarios son descriptos también como lugares importantes donde los contienen y les ayudan a ampliar horizontes. Sienten que allí pueden contar sus problemas, ser escuchados y recibir asesoramiento. Por ejemplo, Ayelén (16 años), de Kilómetro 13, valora el centro comunitario de su barrio: "Podés hablar con los que están a cargo del centro. Decirles lo que te pasa y todo eso. Y ellos te ayudan con esa situación. Entonces nosotros venimos y hablamos con ellos"⁵¹. A pesar de ser fundamentales para la contención de los jóvenes y el desarrollo de vínculos positivos que los alejen del consumo, estos centros comunitarios barriales, en general, cuentan con escasos recursos y poco apoyo estatal.

Fuera de los ámbitos estructurados, la segregación queda manifiesta en que la mayoría de las relaciones que los jóvenes establecen se dan dentro de sus barrios. Tienen pocas oportunidades de generar vínculos con otros grupos sociales, lo que limita sus narrativas de integración y reconocimiento social. De los 47 jóvenes entrevistados, la mitad afirma tener sólo un par de amigos y todos del barrio. En general, interactúan con ellos reuniéndose en la plaza o en sus casas. El espacio geográfico en el que se mueven se reduce, a menudo, a unas pocas cuadras. Un tercio de los jóvenes manifiesta sentirse solo y repite frases como: "Estoy en casa, siempre solo", "ando solo", "me encierro solo", "no tengo amigos", o "nunca salgo".

La percepción del barrio como un espacio amenazante, donde constantemente pueden surgir situaciones violentas e invitaciones al consumo y a ser parte de organizaciones delictivas, lleva a muchos padres a encerrar a sus hijos. En su afán por protegerlos de los peligros cotidianos del barrio, terminan aislándolos en "cápsulas hogareñas", tal como las definimos en la primera sección. Si bien esta estrategia aleja a los jóvenes de los riesgos de la inseguridad y el consumo, también puede conducir a su aislamiento y aumentar la exposición a problemas de salud mental, como la depresión.

La "cápsula hogareña" puede parecer una decisión desmedida por parte de los padres sobre las relaciones de sus hijos, pero se explica por la falta de ámbitos en los que los jóvenes puedan desarrollar vínculos positivos y la peligrosidad que, en general, les atribuyen a sus barrios. Las madres de los jóvenes temen que estos sean "atrapados por la esquina". "La esquina" representa para las madres, el ámbito donde sus hijos pueden establecer vínculos con "las malas juntas", quienes los pueden arrastrar hacia el consumo y la delincuencia. Ven a "la esquina" como el primer paso en un camino que comienza con una cerveza entre amigos y puede terminar en robos y enfrentamientos armados con la policía.

48 Entrevista N° 33, Villa 15, 20/8/2024.

49 Entrevista N° 36, EDLA 15, 22/8/2024.

50 Entrevista N° 20, Mitre, 19/8/2024.

51 Entrevista N° 16, Kilómetro 13, 17/8/2024.

Joaquín describe la omnipresencia de la droga en su barrio: "Corre mucho la droga. Hoy en día hasta te quieren pagar todo con droga; no existe la plata, te pagan con droga. Cuando en la calle sale una changa es, '¿te pago con droga o te pago con plata?'"

La compraventa y consumo de drogas es una realidad cotidiana y visible. En la encuesta, el 51% afirmó que la mayoría de sus amigos consumen drogas, y un 43% dijo tener conocidos del barrio que las venden. En las entrevistas, los jóvenes coinciden en que, en sus barrios, el consumo es generalizado, ocurre en grupos de amigos, y comienza a edades cada vez más tempranas. También están de acuerdo en que el consumo conduce a la participación en grupos delictivos. La espontaneidad con la que hablan sobre sus propias adicciones o las de sus amigos y familiares refleja la cotidianidad con la que viven estas situaciones. Seis de ellos, por ejemplo, comenzaron a consumir porque alguno de sus padres ya lo hacía.

Joaquín (20 años), de Mitre, describe la omnipresencia de la droga en su barrio: "Corre mucho la droga. Hoy en día hasta te quieren pagar todo con droga; no existe la plata, te pagan con droga. Cuando en la calle sale una changa es, '¿te pago con droga o te pago con plata?'"⁵². Sebastián (24 años) coincide: "Lo malo que está pasando en el barrio es que *los transas*, que venden muchas *falopas*, están destruyendo a la gente. Ahora es mucho más, se está poniendo cada vez peor el barrio. Se ve porque hay mucha gente que va y viene, compran y se van, roban y vuelven... es feo, es feo... yo la pasé"⁵³. *El transa* aparece en los relatos como alguien que gobierna la esquina.

La mitad de los jóvenes entrevistados consumen o consumieron drogas y consideran que tres razones los llevaron a la "vida en la esquina": olvidar las dificultades, obtener ingresos o lograr reconocimiento.

Todos los jóvenes coinciden en que el consumo suele comenzar alrededor de los 13 o 14 años, pero también en que cada vez se inicia a edades más tempranas, con tan sólo 9 o 10 años. Luis (20 años), de San Ambrosio, describe esta realidad: "No te voy a mentir porque yo anduve en las drogas, pero hay cosas que no me gustan. Hoy en día... vas a la esquina y ya ves un pibito, pendejito de 10, 9 años, drogándose. Ves pibitos también de 12, 13 años, drogándose. Y eso ya no *me cabe* porque no está lindo"⁵⁴. Aun a tan corta edad, el consumo los lleva a delinquir, como relata Lucila (18 años), de Fuerte Apache: "Veo a muchos pibes que siguen ese camino. Son *rechiquititos* y ya los ves saliendo a robar o escondidos consumiendo"⁵⁵. María (22 años) comparte su temor sobre sus compañeros del centro comunitario: "Tengo miedo por los míos porque algunos te cuentan quién consume. Un día hicimos una encuesta y tenían que votar qué querían ser ellos cuando fueran grandes. Y te salen con que quieren ser *chorros*"⁵⁶. Luz (23 años), también de Kilómetro 13, comparte su experiencia: "Me enganché con el vicio con el papá de mi hijo. Empezó a decirme 'mirá, probá'. Consumí y me dice '¿viste que te olvidaste de todo?'. Y después de un 'probá', ya era empezar a juntar plata para comprar entre los dos. Hasta que un día me llevó a robar. El día que me llevó a robar, le dije 'no, yo no quiero hacer eso'... Hasta que un día vi cómo le robaba a un nene que tenía la misma edad que mi hermano. Ese día lloré, preparé mis maletas y le dije 'me voy, me voy y me voy'"⁵⁷. El problema para estos jóvenes es, a menudo, no tener a dónde ir.

52 Entrevista N° 20, Mitre, 19/8/2024.

53 Entrevista N° 24, Mitre, 19/8/2024.

54 Entrevista N° 7, San Ambrosio, 28/6/2024.

55 Entrevista N° 38, EDLA, 22/8/2024.

56 Entrevista N° 41, EDLA, 22/8/2024.

57 Entrevista N° 44, Kilómetro 13, 19/9/2024.

En las narraciones de los jóvenes, el consumo de drogas aparece asociado a un modo de vida que incluye delinquir y romper lazos con quienes intentan ayudarlos a salir del consumo. Un joven (17 años) de San Ambrosio relata: "Estuve *en cana* por robar un comercio. Y es parte de lo mismo porque es por la droga. Por la droga hacés boludeces, para tener mi plata y *delirármela* ... y al otro día no tenés nada. Me dicen: 'Porque vos hiciste esto y aquello otro'. Y vos ni te acordás"⁵⁸. Siete de los jóvenes entrevistados relatan haber participado en tiroteos con la policía o con otras bandas, en los que fueron heridos o en los que amigos suyos perdieron la vida. Diez de ellos cuentan que parientes directos venden droga o están presos por ese motivo.

La mitad de los jóvenes entrevistados (23) consumen o consumieron drogas y consideran que tres razones los llevaron a la "vida en la esquina": olvidar las dificultades, obtener ingresos o lograr reconocimiento. Los que vivieron desde muy chicos en situación de calle advierten que vivir en condiciones tan duras lleva casi inexorablemente al consumo. Brian (18 años), de Fuerte Apache, dice: "Vivir en la calle no es fácil... te come demasiado la cabeza. Sólo pensaba en fumar, drogarme, andar robando. Es difícil y es triste vivir en la calle. Porque uno no se acostumbra a tener 12 años y que tu mamá ya te suelte en la calle. Un chico no tendría que vivir a esa edad lo que pasé yo"⁵⁹. Joaquín (20 años), de Mitre, salió a cartonear desde los 9 años y reflexiona sobre su experiencia de consumo: "Y la verdad que ni yo entiendo por qué empecé. Porque, te voy a decir la verdad, toda la vida dije que no me iba a drogar, y me volví *readicto*. Lo que pasa es que la vida es hoy en día, acá en el barrio, una mierda. Disculpame que te lo diga de esa manera, pero es una mierda. Fumás y se te pasa más rápido el día"⁶⁰. La droga como manera de olvidar la soledad y una realidad difícil aparece recurrentemente en los relatos. Martín (23 años), de Kilómetro 13, asocia su infancia dura con el consumo: "Estás en el fondo del pozo y no le importa ni a tu papá, ni a tu mamá. Tu viejo te pega. La droga era el único lugar en el que me sentía bien. Cuando tu realidad es tan mala, la droga es el mejor mundo"⁶¹. Uno de los entrevistados describe, elocuentemente, a la droga como "el abrazo que te faltó de tu mamá"⁶².

Asimismo, los jóvenes mencionan que vincularse con organizaciones de narcotráfico del barrio les brinda oportunidades de obtener ingresos. "Ser soldadito" genera ingresos superiores a los que pueden obtener en los trabajos disponibles para ellos, especialmente en el cartoneo. Analía (17 años), de Fuerte Apache, relata: "Yo tenía 13 años cuando hacía una banda de plata haciendo cosas que no tenía que hacer. Yo consumía, pero también vendía. Me gusta mucho la plata, pero después pensé que no estaba bueno poner en riesgo mi vida siendo tan chica"⁶³. Gastón (19 años) describe la situación en su barrio, San Ambrosio: "Sí, hay muchos *transas* acá, yo conozco mucho. Hay muchos soldaditos, sí. Son los pibes de 13, 14 años que ya están en esa. Los agarran diciéndoles te doy plata, pero vos andá y entregale esto al pibe que está allá en la esquina"⁶⁴. Fernanda, de Kilómetro 13, recuerda su experiencia vendiendo droga con tan sólo 15 años: "La gente que me rodea se droga casi toda. Yo también llegué a vender, pero gracias a Dios pude salir de eso. Porque es como que te atrapa. Tenía un amigo que el papá era *el fisura* del barrio y me enganché a entregar paquetes. Yo iba a entregarlo, pero en ese barrio había otro *fisura* y se tenían bronca. Y yo, que estaba viviendo con mis hermanitas, dije: 'Si acá se enteran que yo estoy trabajando para los otros, me matan a mí y a mis hermanitas', porque se pelean por el territorio. Entonces hablé con el papá de mi amigo y le dije que no me bancaba estar haciendo eso, y me dijo que si quería salir que vaya a hacer la última entrega y ahí fue donde casi me matan y me tuve que rajar. Me quisieron robar el paquete"⁶⁵. Son redes que funcionan como cadenas para los jóvenes.

La falta de reconocimiento y de oportunidades para cumplir metas personales también aparecen como causas del consumo. Algunos de los jóvenes entrevistados señalan que consumir y vincularse



58 Entrevista N° 12, San Ambrosio, 12/7/2024.
59 Entrevista N° 36, EDLA, 22/8/2024.
60 Entrevista N° 20, Mitre, 19/8/2024.
61 Entrevista N° 3, Kilómetro 13, 6/6/2024.
62 Entrevista N° 45, Kilómetro 13, 19/9/2024.
63 Entrevista N° 47, EDLA, 22/8/2024.
64 Entrevista N° 11, San Ambrosio, 3/7/2024.
65 Entrevista N° 43, Kilómetro 13, 19/9/2024.

a grupos delictivos es una forma de obtener reconocimiento. Martín (23 años), de Kilómetro 13, explica: “Más que nada la junta puede ser que me haya llevado a robar... uno porque tiene *berretines*, porque quiere ser *chorro* para poder decir ‘yo soy *chorro*’. Va más por el lado de querer ser *un poronga*”⁶⁶. La consulta mencionada por una entrevistada, en la que los niños respondían que querían “ser *chorros*”, también refleja la falta de oportunidades que enfrentan estos jóvenes para alcanzar reconocimiento social.

Sin espacios que les ofrezcan alternativas reales, muchos jóvenes seguirán viendo en la esquina su única opción: invertir en estas alternativas no es sólo una cuestión de justicia social, sino también de construir una sociedad más vivible para todos.

Paradójicamente, si para muchos el deseo de ser alguien fue lo que los llevó a consumir o ser soldaditos, todos describen su experiencia de consumo como un proceso autodestructivo. Narran que pierden la conciencia de sus actos, se deterioran físicamente y descuidan los vínculos con las personas que realmente los quieren. Describen la experiencia como negativa y expresan su deseo de dejar las drogas para mejorar sus vidas. La mayoría intenta abandonarlas, pero los resultados son dispares y, pocas veces, permanentes. En general, reconocen la dificultad de mantenerse alejados de las relaciones y ámbitos que los llevan al consumo porque están en su casa o enfrente de su casa.

La segregación de sus barrios y la escasez de ámbitos que brinden oportunidades para desarrollar actividades y vínculos por fuera del consumo emergen como un problema grave para el desarrollo de estos jóvenes. Sin espacios que les ofrezcan alternativas reales, muchos seguirán viendo en la esquina su única opción. Invertir en estas alternativas no es sólo una cuestión de justicia social, sino también de construir una sociedad más vivible para todos. Es una auténtica tragedia social que la única narrativa disponible para “ser alguien” sea la de su participación en redes delictivas. En las áreas de vulnerabilidad segregada (Zarazaga, 2025), el impulso igualitario pareciera haberse secado, dando lugar a un desierto de expectativas.

Las narrativas disponibles en barrios populares

En esta sección, analizamos las narrativas que los jóvenes construyen para proyectar su futuro en función de lo vivido, es decir, la manera en que organizan y cuentan su historia personal para dar sentido a sus experiencias previas y proyectar lo que esperan o consideran posible para su porvenir. Estas narrativas no son una mera abstracción, sino un componente constitutivo de su identidad, que también a su vez moldea sus posibilidades futuras.

En las secciones previas presentamos las experiencias de los jóvenes en tres dimensiones fundamentales —familiar, escolar y vincular—. En esta sección, analizamos las distintas narrativas con las que los jóvenes proyectan su futuro a partir de esas experiencias. Mostramos que la narrativa tradicional, según la cual el logro de una vida autónoma y socialmente reconocida se construye a partir del estudio y el trabajo, ha dejado de ser dominante entre los jóvenes de los barrios populares. Está en crisis el relato de la vida como un camino que comienza con el respaldo que se recibe en la familia, continúa con la escolarización y la ampliación de los vínculos para, luego, a través de un trabajo, lograr “ser alguien”. Las entrevistas revelan que la narrativa de la movilidad social ascendente mediante el esfuerzo en el estudio y en el trabajo sigue vigente, pero sólo para un grupo de jóvenes,

⁶⁶ Entrevista N° 3, Kilómetro 13, 6/6/2024.

y que incluso a ellos les resulta difícil sostenerla dadas las oportunidades y recursos efectivamente disponibles. Junto con la narrativa tradicional, constatamos la presencia de otras narrativas en las que la autonomía personal y la integración a la sociedad a través del estudio y el trabajo no constituyen un horizonte. Son narrativas en las que las expectativas se ven muy reducidas o directamente anuladas. Dentro de este grupo distinguimos dos subgrupos: (1) Las narrativas minimalistas, propias de aquellos jóvenes que, a partir de sus experiencias, acotan su proyecto de futuro a metas mínimas, como garantizar un ingreso diario para subsistir; y (2) las narrativas del presente, en las que no se expresan —o sólo de manera muy limitada— metas o proyectos a futuro.

La narrativa de la movilidad social ascendente mediante el esfuerzo en el estudio y en el trabajo sigue vigente, pero sólo para un grupo de jóvenes, y que incluso a ellos les resulta difícil sostenerla dadas las oportunidades y recursos efectivamente disponibles.

Las narrativas de expectativas limitadas o nulas ponen de manifiesto la crisis de la narrativa tradicional. Como mostramos en este documento, dicha crisis no se debe sólo a la falta de oportunidades para integrarse a la sociedad a través del estudio y el empleo, sino también a las dificultades que enfrentan estos jóvenes para acumular los recursos sociales, culturales y económicos capaces de sostener esa narrativa de manera realista. Para muchos jóvenes de barrios populares, el camino que conduce a terminar los estudios y luego acceder a un empleo que les garantice una vida autónoma e integrada a la sociedad resulta ajeno. El deterioro de los ámbitos en donde estos recursos se forman —la familia, la escuela, las actividades sociales— lleva a muchos de ellos a abandonar las aspiraciones que organizan la narrativa tradicional y a adoptar otras narrativas para contar sus vidas y proyectar su futuro. En el resto de esta sección, recurrimos a las entrevistas para mostrar las diversas narrativas presentes entre estos jóvenes.

Narrativa tradicional

Encontramos que 19 de los 47 jóvenes entrevistados (40%) mantienen una narrativa en la que esperan, fundamentalmente, “ser alguien” a través del estudio y el trabajo. Casi todos estos ellos reportan haberse sentido cuidados por adultos: ocho se sintieron cuidados por ambos padres, nueve sólo por sus madres —a quienes muchos describen como “heroínas”— y sólo dos crecieron sin sentirse cuidados. Este grupo se distingue claramente por haber relatado una mayor experiencia de cuidado. También son quienes han tenido mejores experiencias escolares. Seis de ellos terminaron el secundario y actualmente cursan estudios terciarios o universitarios —algo que no ocurre en ninguno de los otros dos grupos de narrativas. Ocho finalizaron el secundario o están en el proceso de terminarlo sin grandes retrasos, tres adeudan materias, pero planean completar sus estudios, y sólo dos abandonaron la escuela. El nivel educativo alcanzado en este grupo es significativamente más alto que en los otros dos.

Los jóvenes que sostienen esta narrativa tradicional también son quienes tienen más vínculos, especialmente fuera del barrio. Diez de ellos han desarrollado lazos externos a través de sus estudios, trabajo o participación en clubes. Sin embargo, este grupo también incluye la mayor cantidad de jóvenes “encapsulados” en sus casas, debido a padres que buscan protegerlos de un entorno barrial que consideran peligroso. Cuatro de ellos han estado expuestos a ambientes sociales cercanos a “la esquina” y sus consecuencias, pero participan en centros comunitarios que les brindan vínculos y contención, ayudándolos a mantenerse alejados de los consumos problemáticos.

Que estos jóvenes sostengan la narrativa tradicional y que, en promedio, hayan logrado acumular más recursos para asumir un proyecto a futuro no significa que no enfrenten grandes obstáculos.

En sus relatos quedan en evidencia las dificultades familiares, escolares y sociales que atraviesan y, aunque han acumulado más recursos que los jóvenes de los otros dos grupos, siguen encontrando pocas oportunidades para concretar sus proyectos. La mayoría, por ejemplo, relata haber sufrido discriminación en sus lugares de estudio o trabajo por pertenecer a un barrio popular.

Estos jóvenes sostienen sus proyectos en condiciones difíciles, como auténticos “luchadores”. Sólo dos estudian carreras profesionales —abogacía y contaduría— que podrían encuadrarse dentro del sueño argentino de movilidad social a través del estudio, expresado en la frase “mi hijo el doctor”. Lucrecia, por ejemplo, está cursando el CBC porque se imagina “trabajando de contadora en una empresa (...) empezando de abajo para poder llegar a tener una casa chiquita pero propia”⁶⁷. Aunque siente un gran apoyo familiar para alcanzar este sueño, también expresa: “siento mucha ansiedad porque mi escuela no me preparó para ir a la universidad”.

Llama la atención que siete de estos jóvenes proyectan su inserción laboral a través de instituciones que aseguran un puesto de trabajo: cuatro quieren ser maestras jardineras o profesoras de educación física, y tres aspiran a ingresar en alguna de las fuerzas de seguridad. Ser maestro o ser policía aparecen en su horizonte como algunas de las pocas maneras de “ser alguien” con los recursos de los que disponen. Francisco, por ejemplo, se postuló para ingresar como soldado al ejército. Considera que, si no fuera por el apoyo de su madre, no tendría esta posibilidad y “estaría en el mal camino como mi hermano”⁶⁸. Gianluca expresa con claridad los condicionantes que enfrenta para su proyecto de “ser alguien”. Su familia lo ayudó a “evitar las malas juntas porque me enseñaron que no va por ahí”. Terminó el secundario, pero expresa, no sin angustia: “Si estudié, no soy un vago, ¿por qué estoy limpiando baños en un shopping?”⁶⁹. Piensa en “salir adelante” ingresando a la policía.

Tres jóvenes mujeres narran su futuro como emprendedoras en los rubros del diseño de indumentaria o la edición de videos. Las tres han contado con el apoyo de sus madres para estos proyectos y estudian o realizaron cursos en estas áreas. Si bien lograron terminar sus estudios, las tres describen el desafío como “muy estresante”. Sueñan con independizarse, pero ven que, en un barrio como el suyo, no es fácil lograrlo, y mencionan como razón que sus hermanos no pudieron hacerlo.

Para otros dos jóvenes, sus narrativas de futuro se limitan a conseguir un trabajo estable. Estas narrativas se acercan a los proyectos minimalistas, centrados en asegurar la subsistencia diaria. Otros cinco jóvenes expresan su deseo de convertirse en “estrellas”: tres como futbolistas y dos como cantantes. Sin embargo, conscientes de las escasas probabilidades de concretar ese sueño, esperan al menos conseguir un trabajo digno si su camino hacia la fama se frustra. Por ejemplo, uno estudió para ser peluquero y otra aspira a ingresar como cajera en una reconocida cadena de supermercados. Las dificultades para sostener narrativas tradicionales con los recursos disponibles se reflejan en la percepción de estos jóvenes: consideran tan improbable convertirse en estrellas como obtener un título universitario y un trabajo de calidad. Ambos caminos les parecen igualmente difíciles.

Narrativa minimalista

Bajo esta categoría agrupamos las narrativas de nueve jóvenes que, si bien aspiran a tener un trabajo, no expresan expectativas que vayan más allá de garantizar su subsistencia diaria. Su principal preocupación es generar un ingreso que les permita alimentarse a sí mismos y/o a sus familias. Mientras que en el grupo anterior la aspiración era comprar una casa, incluso en otro barrio, en este grupo cinco jóvenes manifiestan simplemente el deseo de terminar sus casillas de chapa en los terrenos de sus padres. Son narrativas en las que se proyecta un futuro, pero siempre con expectativas muy moderadas, es decir, minimalistas.

⁶⁷ Entrevista N° 39, EDLA, 22/8/2024.

⁶⁸ Entrevista N° 27, Villa 15, 20/8/2024.

⁶⁹ Entrevista N° 37, EDLA, 22/8/2024.

Cinco de estos jóvenes vienen de familias de *carreros* y han experimentado violencia familiar, o la ausencia de uno o ambos padres. Por ejemplo, una de ellas tiene a su padre preso. Dos dejaron el hogar al quedar embarazadas antes de los 18 años, lo que, según sus relatos, limitó sus posibilidades de proyectarse a futuro. Sólo dos de estos jóvenes se sintieron cuidados por ambos padres, mientras que los otros siete fueron criados por sus madres o abuelas. Afirman que este apoyo familiar fue clave para mantenerse alejados de los peligros de la vida delictiva asociada a “la esquina”. Todos coinciden en que las calles de su barrio son peligrosas y que la vida de la esquina los habría llevado a la cárcel o a una muerte prematura. En general, tienen pocos vínculos y casi ninguno fuera del círculo de amistades del barrio. Aquellos que en algún momento frecuentaron espacios fuera de su comunidad relatan haber sufrido discriminación por su lugar de origen.

Si los jóvenes en este grupo han experimentado algún tipo de cuidado en sus familias, relatan, en contraste, experiencias escolares marcadas por la frustración. Mientras que dos terminaron el secundario y una está cursando el último año, seis abandonaron. Todos describen la falta de aprendizaje en la escuela como una gran barrera a la hora de proyectar su futuro. Quienes no completaron sus estudios relatan haber asistido a escuelas desbordadas por problemas de violencia y con docentes que faltaban con frecuencia, tal como se desarrolla en la segunda sección.

La frustración de los pocos que terminaron el secundario en este grupo también evidencia cómo la experiencia escolar es un limitante en las narrativas de estos jóvenes. Por ejemplo, Soledad cuenta que su familia, que vive del cartoneo, la apoyó para que terminara el secundario. Tras graduarse se inscribió en la UBA para estudiar psicología, pero sólo asistió unos meses: “Yo lloraba porque no entendía nada, iba y no entendía. No me entraba en la cabeza. Sentía que los demás tenían otro aprendizaje y otras palabras que yo no tenía adquiridas. Me costó entender que son otras personas... criadas diferentes. No es como un chico de barrio de acá, de los que van al colegio acá que somos todos iguales. Ahí son más... ‘ellos’. Me di cuenta de que no había aprendido todo lo que tenía que aprender para estar ahí [en la facultad]”⁷⁰. Con los recursos adquiridos en su etapa escolar, estos jóvenes chocan contra una pared si ingresan a la universidad. Tras esa experiencia, Soledad sólo aspira a conseguir un trabajo. No considera posible tener hijos sin antes lograr un ingreso: “No da traer a alguien a este mundo para que pase malos momentos”. Tamara también completó la secundaria, pero hoy sólo aspira a conseguir un trabajo para mantenerse, “que preferiría fuera de limpieza”⁷¹. De manera similar, Luisiana, que cursa su último año de secundario, sueña con ser azafata, pero cree que terminará trabajando como mesera porque “ve muy difícil acceder al curso de azafata”⁷².

Los horizontes de estos jóvenes están condicionados por los recursos que han logrado acumular en los distintos ámbitos que han transitado. María (22 años), por ejemplo, abandonó su hogar y la escuela a los 15 años debido a la violencia familiar y no tiene amigas. Aspira a “hacer algo con una computadora”, pero incluso esta meta expresada de manera algo vaga, le resulta inaccesible: “necesitaría ayuda para lograrlo... pero no tengo ninguna”. Le preocupa la idea de tener un hijo porque “...tener una familia acá es peligroso; si tenés un hijo no podés dejarlo ir a la plaza porque en cinco minutos ya se están agarrando a los tiros”⁷³. Es una realidad que limita hasta los proyectos menos ambiciosos.

Para los jóvenes que encarnan la narrativa minimalista, un camino de movilidad social ascendente a través del estudio les resulta tan improbable como ganar la lotería.

Así como María sólo aspira a obtener un ingreso, Adrián (20 años), que no terminó la escuela y trabaja clasificando plásticos, quisiera “tener un negocio de cualquier cosa que dé plata para poder vivir”⁷⁴.

⁷⁰ Entrevista N° 1, Kilómetro 13, 23/5/2024.

⁷¹ Entrevista N° 32, Villa 15, 20/8/2024.

⁷² Entrevista N° 23, Mitre, 19/8/2024.

⁷³ Entrevista N° 41, EDLA, 22/8/2024.

⁷⁴ Entrevista N° 18, Kilómetro 13, 17/8/2024.

Cada mes “pone unos pesos” en una caja con la esperanza de construir una casilla en un barrio más tranquilo. Sin embargo, por más minimalista que parezca, aun este sueño le resulta lejano. Otros tres jóvenes expresan un deseo similar: conseguir un trabajo que les permita generar un ingreso para subsistir. En el extremo, Micaela (22 años), que tiene un hijo y está endeudada junto a su pareja, “desea (...) intensamente, algún día, tener un trabajo fijo para poder esperar la semana siguiente sin miedo a que se rompa todo”. Su familia vive cerca del abismo que significa caer en situación de calle. Con lágrimas en los ojos sueña: “Que a mis hijos no les falte comida y que puedan estar conmigo, que no nos separen nunca”⁷⁵. El mejor futuro que puede imaginar es simplemente poder sostener a sus hijos para que la justicia no se los quite.

Las narrativas minimalistas se caracterizan por proyectar un futuro con expectativas muy limitadas, no sólo debido a un contexto que ofrece pocas oportunidades, sino también por los escasos recursos de distinto tipo con los que cuentan estos jóvenes. La base de recursos disponible sólo permite cierto tipo de aspiraciones, todas ellas muy acotadas. Para estos jóvenes, un camino de movilidad social ascendente a través del estudio les resulta tan improbable como ganar la lotería. Si bien expresan el deseo de tener algún futuro, por más limitado que sea, también dejan en claro que viven al borde de abandonar toda meta, como sucede en las narrativas del presente.

Narrativa del presente

Bajo esta categoría agrupamos a las narrativas en las que los jóvenes no expresan proyectos a futuro, sino que, por el contrario, sus relatos se centran casi exclusivamente en el presente. Si decimos que las narrativas son maneras de proyectar futuro, podríamos afirmar que estas, en rigor, son no-narrativas porque no hay expectativas de futuro o, cuando existen, son extremadamente acotadas o fantasiosas. Son jóvenes que han abandonado la idea de construirse un futuro y, en cambio, se abocan a lidiar con su presente.

Todos estos jóvenes tienen historias familiares violentas o traumáticas. Algunos manifiestan sus deseos de completar sus estudios y otros acuden intermitentemente a centros educativos para adultos, pero ninguno terminó el secundario en tiempo y forma. No recibieron los recursos necesarios para poder imaginar y sostener una narrativa tradicional de ascenso social a través del estudio y del trabajo. Incluso sus redes y vínculos los han llevado a interactuar y participar en actividades ilegales; su capital social, generalmente, son las “malas juntas”.

Encontramos agrupados en esta categoría una cantidad de jóvenes similar al de la narrativa tradicional: dieciocho jóvenes no manifestaron mayor proyección educativa o laboral. En cuatro casos, se trata de jóvenes profundamente afectados por historias familiares violentas, que se encuentran deprimidos y se reconocen incapaces de imaginar ningún futuro. En los otros catorce casos, son jóvenes cuyas historias han estado marcadas por el consumo o la delincuencia, que se juegan la vida en el presente o no manifiestan otra aspiración que “rescatarse”, es decir, mantenerse alejados del consumo y el robo. Estos jóvenes no apelan a ningún capital acumulado en ámbitos educativos para proyectar “ser alguien”; en cambio, el conjunto de vínculos establecidos —“malas juntas”— y sus experiencias, como períodos en la cárcel o enfrentamientos con la policía, los acercan a redes en las que “ser alguien” pasa por “ser pibe chorro” o “ser soldadito”. También encontramos en este grupo a jóvenes que expresan algún tipo de deseo a futuro, pero de manera fantasiosa, ya que carecen de cualquier condición de probabilidad. A continuación, ilustramos a través de las entrevistas estos tipos de narrativas del presente.

Cuatro jóvenes con historias familiares traumáticas y experiencias escolares que describen como malas o frustrantes, se manifiestan deprimidos e incapaces de imaginar su futuro. Sus narraciones

75 Entrevista N° 29, Villa 15, 20/8/2024.

están atravesadas por la violencia, tanto en sus familias como en sus barrios, y por la convivencia con redes ilegales desde la infancia. Sin embargo, no forman parte de grupos delictivos o de consumo. Más bien, sus historias personales los llevan a describirse como personas "quebradas". Pablo (17 años) creció prácticamente solo; a los 13 años dejó la escuela porque su madre lo mandaba a cartonear para poder alimentar a sus hermanos menores. Sus días transcurren entre el cartoneo y ver videos de YouTube en la cama. Dice que le gustaría aprender a leer, "aprender las letras". Sin embargo, cuando se le pregunta sobre su futuro sólo dice: "Me cuesta mucho imaginarme en el futuro"⁷⁶. Su historia no le dio muchos elementos para imaginar un porvenir. Algo similar sucede con Laura (19 años), quien abandonó el secundario cuando quedó embarazada y alquila una pieza en la que vive sola con su hijo, porque su pareja lleva tres años presa. Cuando se le pregunta por su futuro, responde: "Te digo la verdad, no veo futuro alguno. Cuando iba a la escuela sabía qué quería ser... quería estudiar, ser abogada... Ahora todo eso se acabó"⁷⁷. Sólo piensa en poder alimentar a su hijo. Otra de las entrevistadas, Fernanda (17 años), brinda, a pesar de su corta edad, una respuesta acerca de su futuro que resulta trágicamente ilustrativa: "Me veo sentada en la vereda, con un perro al lado, mirando la vida pasar"⁷⁸. No espera nada del futuro.

El problema de los padecimientos mentales se manifiesta de manera acuciante en este grupo. Federico (20 años) narra su vida disociándola de la realidad. Cuenta que su padre fue muy violento: "al más mínimo error ya era una golpiza brutal; no había manera de pararlo"⁷⁹. No pudo terminar la escuela por estos problemas y debido a las dificultades económicas, por lo que vive del cartoneo. Sin embargo, él se describe como "un Dios cuando agarro mi carro y voy recorriendo las calles recolectando lo que tira el *chetaje*". Claro que, a veces, se siente tratado más "como un perro al que le tiran comida" y se deprime. La estabilidad emocional y laboral parecen inalcanzables con estas trayectorias y realidades presentes. La imposibilidad de pensarse en el tiempo pone claras fronteras a las narrativas de estos jóvenes.

Por último, un grupo de 14 jóvenes parece jugarse la vida en el presente. Todos tuvieron experiencias familiares traumáticas y experiencias escolares frustrantes. Son jóvenes que consumen o entran y salen del consumo problemático asiduamente. El consumo ha sido también, para la mayoría de ellos, puerta de entrada al delito. En sus relatos describen un círculo cotidiano y sin fin, de necesidades insatisfechas, consumo y crimen, del que les cuesta salir. Doce reconocen haber robado y cinco ya estuvieron presos. Los robos van desde arrebatar celulares y robar autos a punta de pistola, hasta *salidas* bancarias y *reventar* casas. El consumo y el crimen comparten el vértigo del presente; se juegan la vida cada día sin demasiada conciencia del mañana. Alejandro (18 años) dice: "cuando agarrás la droga, te pide más y ya"⁸⁰. Diego (17 años) explica la inmediatez implícita en este tipo de vida: "una vez que fumaste te pide más, te dura un segundo y querés sentir lo mismo de nuevo, aunque te arruine la vida. Me robaba todo para consumir. Después de consumir ya no fui el mismo..."⁸¹. Llevan una vida de consumo en la que casi nunca acumulan ningún tipo de recurso para el futuro. Lo obtenido en el día se transforma rápidamente en más consumo o en otro tipo de satisfacción en el presente.

Los jóvenes que encarnan la narrativa del presente ponen en riesgo su vida cotidianamente, pero son tan jóvenes que algunos se sitúan en los contextos más peligrosos como si fuera un juego: no siempre tienen conciencia de que están arriesgando su integridad.

No esperan reconocimiento a futuro, sino de manera inmediata. La mayoría en este grupo considera un gran obstáculo para su futuro el haber creído, en algún momento de su vida, que "ser alguien" era

⁷⁶ Entrevista N° 9, Kilómetro 13, 29/6/2024.

⁷⁷ Entrevista N° 21, Mitre, 19/8/2024.

⁷⁸ Entrevista N° 43, Kilómetro 13, 19/9/2024.

⁷⁹ Entrevista N° 6, San Ambrosio, 28/6/2024.

⁸⁰ Entrevista N° 19, Mitre, 19/8/2024.

⁸¹ Entrevista N° 30, Villa 15, 20/8/2024.

"ser soldadito" o "ser pibe chorro". Analía (17 años) cuenta que a los 13 empezó a consumir y vender droga: "Vendía porque me gusta mucho la plata", y como tenía plata, "tenía un montón de amigos que me reconocían". Pero luego admite: "Cuando dejé de vender y de tener plata, ahí se fueron los amigos"⁸². Leandro (19 años) dice de ese modo de "ser alguien": "Es salir de joda, tener mujeres, tragos. Mostrar lo que tenés. Cuando estás en esa, te sentís admirado". Pero también reconoce que "llega el día que te das cuenta de que en ese mundo no hay amigos"⁸³. Viven una vida de mucha adrenalina, pero que reconocen también como de mucho riesgo y soledad: "Cuando te despertás en el hospital o en la cárcel, te das cuenta de que estás solo".

Ponen en riesgo su vida cotidianamente, pero son tan jóvenes que algunos se sitúan en los contextos más peligrosos como si fuera un juego. No siempre tienen conciencia de que están arriesgando su integridad. Mauro (17 años) recuerda que, bajo los efectos de la droga, salía a robar y que en algunas ocasiones la policía lo persiguió y le pegó: "Y yo me les cagaba de risa en la cara. Viste que son todos *reortivas* los policías... Yo me le cagaba la risa igual... aunque me pegaran"⁸⁴. Lara (20 años) cuenta, también riéndose, que ejerce la prostitución desde los 16 años y que está esperando que su madre "salga de una vez por todas de la cárcel"⁸⁵. Un niño de 12 años le robó una carabina a la policía de un patrullero y lo contaba como si fuera una travesura más. Por momentos, parecieran no tener conciencia de sus acciones y consecuencias futuras.

Mientras algunos parecen negar los peligros inherentes a la vida que llevan, otros tienen más claro que por ese camino probablemente terminen en la cárcel o la muerte. Dos realidades en las que el tiempo, aunque de manera distinta, se detiene. La mayoría reconoce no tener futuro en esa forma de vida. Brian (18 años) avizora que por esa vía se termina chocando contra una pared: "Acá es así, ¿ vamos a robar... pum pum... vamos a robar ¿ y caés preso. ¿ Vamos a robar y pum pum ¿ , caés muerto. Es así... No tenés otro camino acá"⁸⁶. Francisco (22 años) expresa lo que aprendió a raíz de la muerte de su hermano: "él solía juntarse en la esquina y ahí hay una de dos... tenés dos finales posibles... preso o muerto"⁸⁷.

Cuando se les pregunta acerca de qué esperan del futuro, expresan, en general, que la vida de "la esquina" no trae aparejada realización personal alguna. Recorren tres respuestas, que no son siempre excluyentes: negar cualquier posibilidad de un futuro mejor, entregarse a la fantasía, o "rescatarse". Muchos sienten que, con la historia que cargan —de violencia familiar, discriminación, consumo, y delito—, no escapan a la suerte de otros parientes y amigos presos o muertos o, en el mejor de los casos, a una vida en la marginalidad, poco integrada a la sociedad formal. Seis de ellos ya tuvieron enfrentamientos con la policía. Leandro (19 años) parece reconocer que ya no tendrá la posibilidad de un futuro muy distinto a su presente y, por eso, responde: "Me gustaría volver a ser chico. ¿Para qué crecí?"⁸⁸. Para muchos de estos jóvenes, una vida mejor no es hacia adelante, sino hacia un pasado idealizado que, en rigor, nunca tuvieron. La infancia es la etapa que recuerdan sin el flagelo del consumo. Martín (23 años), sobre el que pesa una condena por robo y resistencia armada a la policía, reflexiona: "Si mi familia me hubiera apoyado un poquito, si mi padre me dejaba tener alguna oportunidad en vez de pegarme... si me hubiera dejado la oportunidad de estudiar como a mis otros compañeros... yo hubiera terminado el secundario... y hoy habría sido otra persona"⁸⁹.

Las condiciones de vida de estos jóvenes están lejos de permitirles soñar su integración social a través del estudio y el trabajo; a sus ojos, "esa es una vida para otros". Analía (17 años), que consumió y vendió desde los 13 años, lo expresa con crudeza: "Para pensar un futuro, la condición es tener un lugar y un trabajo y eso todavía está muy lejos"⁹⁰. Bruno, con tan sólo 19 años, ya ha renunciado a la

82 Entrevista N° 47, EDLA, 22/8/2024.

83 Entrevista N° 46, EDLA, 22/8/2024.

84 Entrevista N° 12, San Ambrosio, 12/7/2024.

85 Entrevista N° 5, Kilómetro 13, 26/6/2024.

86 Entrevista N° 36, EDLA, 22/8/2024.

87 Entrevista N° 27, Villa 15, 20/8/2024.

88 Entrevista N° 46, EDLA 15, 22/8/2024.

89 Entrevista N° 3, Kilómetro 13, 6/6/2024.

90 Entrevista N° 47, EDLA 15, 22/8/2024.

idea de un porvenir mejor: “Yo ya tuve mi tiempo y no lo supe aprovechar. Futuro mío, ya no tengo. Mi futuro son mis hijos, el mío ya pasó”⁹¹. Enzo (21 años) incluso considera que nunca debió haber pensado en un futuro: “Mi error fue pensar que podía ser algo más. Porque yo no estoy apto, por ejemplo, para ser militar o gendarme, porque si voy a la psicóloga, obvio que voy a fallar. Tengo mucho trauma del pasado”⁹². Cuando observan los recursos que han acumulado en sus trayectorias de vida, las conclusiones a las que llegan sobre su futuro son sombrías.

A pesar de sus traumas y heridas, hay una meta a futuro a la que ninguno pareciera renunciar: todos los entrevistados que entran y salen del consumo e incluso del delito expresan su deseo de “rescatarse”, es decir, de abandonar esas conductas. Conscientes de sus escasas expectativas y de sus sentimientos de soledad, tristeza y depresión, todos manifiestan su intención de dejar las drogas. Cuando se les pregunta por metas en su vida, repiten: “quiero rescatarme”; pero también surgen frases como: “mantenerme limpio”, “mantenerme derecho”, “que mis hijos digan que dejé la falopa”, “no descarrilar”, o “hacer plata, pero honesta”. La mitad incluso desearía terminar la escuela, aunque no lo vea posible. El ambiente en el que viven y la falta de apoyos para dejar el consumo hacen que esta lucha sea extremadamente desigual. Para muchos, haber pasado un par de semanas —o, en el mejor de los casos, algunos meses— sin consumir es ya un gran logro. Quienes parecen más firmes en este propósito son las jóvenes madres, que remarcan que no quieren que sus hijos repitan su historia familiar.

Todos coinciden en que lo fundamental para “rescatarse” es alejarse de los amigos y los ámbitos barriales que frecuentan; de “la mala junta”. Joaquín (20 años) cuenta que lleva dos meses sin consumir y que su meta es: “Mantenerme limpio. Yo me volví adicto en un barrio que está prendido fuego... Quiero mantenerme limpio. Para eso necesita andar solito y, por ahí, conseguir un trabajito”⁹³. Brian (18 años), quien asegura que hace dos semanas que no roba y un año que no consume, coincide: “El deporte me ayuda a no descarrilar. Y tratar de estar solo, no juntarme con nadie, para mantenerme derecho”⁹⁴.

A pesar de sus traumas y heridas, hay una meta a futuro a la que ninguno pareciera renunciar: todos los entrevistados que entran y salen del consumo e incluso el delito expresan su deseo de “rescatarse”, es decir, de abandonar esas conductas.

A menudo, ante un futuro que no se vislumbra promisorio y un presente marcado por la angustia, estos jóvenes responden a la pregunta sobre su porvenir con fantasías. No se pueden interpretar estas respuestas como proyectos reales, ya que carecen de cualquier condición de posibilidad. Algunos ejemplos ilustran esta desconexión: una joven que abandonó la escuela, ejerce la prostitución desde los 16 años y consume cotidianamente dice que quiere ser médica. Un joven que estuvo preso se encuentra en libertad condicional y no terminó el secundario expresa su deseo de ser gendarme. Otro joven, que consume y no sabe leer, expresa su deseo de ser abogado. Un soldadito dice que le gustaría ser policía. Son proyectos que están demasiado lejos de sus condiciones materiales y de sus formas de vida. De hecho, luego de manifestar estos anhelos, suelen admitir que para que se hagan realidad necesitarían un “golpe de suerte” o que “pase algo mágico”. Una de ellos lo expresa así: “Yo sé que lo perdí todo, amigo. Pero, *corte*, que sé que algún día me va a tocar y me va a llegar eso de poder salir adelante. Se va a dar eso de lograr todo lo que no estoy pudiendo lograr ahora”⁹⁵. Trágicamente, cuando se ha crecido en estas condiciones, esperar que todo dependa de un golpe de suerte parece lo más razonable. La narrativa tradicional del ascenso social simplemente parece ser para otros.



91 Entrevista N° 25, Villa 15, 20/8/2024.

92 Entrevista N° 13, San Ambrosio, 19/7/2024.

93 Entrevista N° 20, Mitre, 19/8/2024.

94 Entrevista N° 36, EDLA, 22/8/2024.

95 Entrevista N° 5, Kilómetro 13, 26/6/2024.

Reflexiones finales

En su comentario a Torre (2024), Gabriel Kessler (2024) se pregunta si el impulso igualitario no ha perdido algo de su fulgor. El mismo Juan Carlos Torre (2024: 344) sostiene que la sociedad argentina del siglo XXI está mucho más fragmentada. De todos modos, considera que este impulso mantiene su vigencia. En nuestro trabajo, los cimientos de ese impulso —las expectativas ciertas de ascenso social entre padres e hijos— aparecen socavados o inexistentes para un amplio sector de la sociedad.

Si hubo un país en el que todos creían que podían ascender a través del esfuerzo en el estudio y el trabajo, hoy ese país se recorta sólo a ciertas zonas geográficas y clases sociales. Nuestro trabajo de campo muestra que la mayoría de los jóvenes de los barrios populares del AMBA tiene escasas o nulas expectativas de integrarse y alcanzar reconocimiento social. Se sienten más al margen que con posibilidades de ocupar un lugar en la sociedad a través de su esfuerzo en el estudio y el trabajo. Esto se debe a que la sociedad ya no les brinda las oportunidades de integración de antaño y a que sus experiencias de vida no les permiten sostener una narrativa tradicional de ascenso social. Un Estado ausente no ofrece el mínimo piso necesario para sustentar expectativas de integración y reconocimiento social.

Si el distintivo de la sociedad argentina con respecto al resto de América Latina fue su gran movilidad social, no es del todo sorprendente que hoy tendamos a negar su crisis. Como sociedad, nos cuesta ver a esos sectores que dejamos al margen de la trama urbana porque nos muestran que, al fin de cuentas, no somos tan singulares como creíamos. La ceguera sobre las áreas vulnerables en las que transcurre la vida de aquellos con pocas expectativas se convierte a menudo en negación de la igualdad del otro. Para algunos pareciera que invisibilizar es la solución al problema. No deja de llamar la atención que, ante cualquier hecho delictivo cometido por jóvenes en el AMBA, inmediatamente se proponga “mano dura”, la edificación de cárceles o la baja de la edad de la imputabilidad, mientras nada se dice sobre las posibilidades de integración y reconocimiento social que estamos ofreciendo a estos jóvenes. Muchos hogares aparecen estallados, muchas escuelas desbordadas y muchos barrios populares ocupados por los *transas*, pero, en vez de atender a los ambientes donde se crían los niños y jóvenes, muchos proponen intercambiar balas con ellos. Pareciera una sociedad que quiere combatir la diabetes, pero sólo fabrica y ofrece caramelos. Esto implica un desafío ineludible: la necesidad de recrear espacios de socialización que permitan reconstruir una red de vinculación y contención a la que estos jóvenes no están accediendo.

A la par de su histórica capacidad de integrar a la sociedad, la movilización social de los estratos más vulnerables es un rasgo distintivo de la sociedad argentina con respecto al resto de América Latina (Del Tredici et al., 2023). Este particular grado de movilización se produce no tanto por la carencia de recursos, sino por las expectativas de alcanzar derechos en una sociedad que tuvo la capacidad de incorporar a sucesivas generaciones al bienestar mediante el estudio y el trabajo (Torre, 2024: 344). Una pregunta interesante a seguir explorando es si la sorprendente desmovilización de los estratos más vulnerables en los primeros años del gobierno de Javier Milei, es, de alguna manera, consecuencia de la erosión de esas expectativas. Desde este punto de vista, la Argentina habría perdido otro de sus rasgos distintivos, porque una nueva generación nunca experimentó un Estado de bienestar y no cree que pueda esperar nada del Estado.

Bibliografía



- Anauati, M. V. y Elizondo, G. (2025). [Monitor de barrios populares. Hacerse grandes: realidad y expectativas en la transición a la adultez](#). CIAS/Fundar.
- Bonfiglio, J. I., Rival, J. M. y Rodríguez Espínola, S. S. (2016). [Venta de drogas y consumos problemáticos: Una aproximación diagnóstica a las adicciones en jóvenes de barrios vulnerables](#) (Informe N°3, 2016; Serie del Bicentenario 2010-2016). Observatorio de la Deuda Social Argentina. Barómetro del Narcotráfico y las Adicciones en la Argentina. Pontificia Universidad Católica Argentina.
- Cravino, M. C. (2016). [Desigualdad urbana, inseguridad y vida cotidiana en asentamientos informales del Área Metropolitana de Buenos Aires](#). Etnografías Contemporáneas, 2(3), 56-83.
- Del Tredici, R., González, L. y Zarazaga, R. (2022). [Buying stones: Welfare spending and protests in Argentina, 2008-2019](#). *Governance*, 1-19.
- Germani, G. (1965). Política y sociedad en una época de transición. Ediciones Paidós.
- Germani, G. (1970). La estratificación social y su evolución histórica en la Argentina. *Seis estudios*. También en: Germani, G. (2010). [La sociedad en cuestión \(antología\)](#). Buenos Aires. Instituto de Investigaciones Gino Germani/CLACSO.
- Hernández, D. y Anauati, M. V. (2024). [Monitor de barrios populares: Informe](#). CIAS/Fundar.
- Jaitman, L. y Scartascini, C. (2017). [Deporte para el desarrollo](#). Banco Interamericano de Desarrollo.
- Kessler, G. (2024). Un fantasma recorre nuestra sociedad. El impulso igualitario en la obra de Juan Carlos Torre. En Pereyra, S., Smulovitz, C. y Armelino, M. *Porqué leer a Juan Carlos Torre*. Edhasa, Buenos Aires, 235-247.
- Mathias, B. (2022). [Neighborhood Institutions and Well-being: Youth Perspectives from East Oakland](#). Institute for the Study of Societal Issues. Working Paper.
- Merklen, D. (2010). Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003) (2nd ed.). Editorial Gorla.
- Murillo, M. V., Oliveros, V., y Zarazaga, R. (2021). [The most vulnerable poor: Clientelism among slum dwellers](#). *Studies in Comparative International Development*, 56(3), 343-363.
- Registro Nacional de Barrios Populares y TECHO (2023). [Registro Nacional de Barrios Populares \(RENABAP\)](#).
- Torre, J.C. (2024). A propósito del impulso igualitario en la sociabilidad política argentina En Pereyra, S., Smulovitz, C. y Armelino, M. *Porqué leer a Juan Carlos Torre*. Edhasa, Buenos Aires, 333-345.
- Torre, J. C. (2025). [Juan Carlos Torre: "Hay una música de fondo en la sociedad argentina: la pasión igualitaria"](#). Entrevista por Diana Fernández Irusta. La Nación.
- Torre, J. C., y Pastoriza, E. (2002). La democratización del bienestar. *Nueva historia argentina*, 8, 1943-1955. 257-312.
- Semán, P. y Welschinger, N. (2023). Juventudes mejoristas y el mileísmo de masas. Por qué el libertarismo las convoca y ellas responden. En Semán, P. (coord), *Está entre nosotros: ¿de dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* (pp. 163-203). Siglo XXI Editores.
- Wacquant, L., Slater, T. y Pereira, V. B. (2014). [Territorial stigmatization in action](#). *Environment and planning A*, 46(6), 1270-1280.
- Zarazaga, R. (2025). *Poverty Shaping Politics. Machine Parties and their Unexpected Challengers*. Cambridge University Press.

Acerca del equipo autoral

Daniel Hernández

Especialista en políticas públicas. Profesor y vicerrector de investigación y Transferencia del Instituto Universitario CIAS. Licenciado en Sociología de la UBA, Doctor en Sociología por la Escuela Interdisciplinaria en Altos Estudios Sociales de la UNSAM. Profesor de la Escuela de Política y Gobierno de la UNSAM. Se desempeñó como Director ejecutivo del Instituto Nacional de Educación Tecnológica en el Ministerio de Educación de la Nación, subsecretario de Empleo y Capacitación Laboral en el Ministerio de Trabajo de la Nación y director nacional de Políticas Regionales en el Ministerio del Interior.

Rodrigo Zarazaga

Fundador, rector e investigador principal del Instituto Universitario CIAS. Sacerdote Jesuita, doctor en Ciencias Políticas por la University of California, Berkeley, Post Doc por la University of Notre Dame, Licenciado en Filosofía y Licenciado en Teología. Sus trabajos se centran en la investigación de problemas de redistribución, clientelismo y política electoral. Desarrolla, sobre estos temas, modelos formales (Teoría de Juegos) que capturan la interacción estratégica entre los diferentes actores políticos.

Dirección ejecutiva: Martín Reydó

Dirección de proyectos: Lucía Álvarez

Coordinación editorial: Gonzalo Fernández Rozas

Corrección: Gonzalo Fernández Rozas / Juan Abadi

Diseño: Jimena Zeitune

Hernández, Daniel

La narrativa rota del ascenso social : CIAS-Fundar : un estudio sobre las expectativas de los jóvenes de barrios populares / Daniel Hernández ; Rodrigo Zarazaga. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundar , 2025.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-6610-44-7

1. Desarrollo Social. 2. Pobreza. 3. Jóvenes. I. Zarazaga, Rodrigo II. Título
CDD 301.072

ISBN 978-631-6610-44-7



CIAS



www.cias.ar

cias@cias.org.ar

www.fund.ar

info@fund.ar